



Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

MUJERES PSICOANALISTAS DE AYER Y DE HOY; HISTORIOGRAFÍA
DEL PSICOANÁLISIS CON PERSPECTIVAS FEMINISTAS Y DE GÉNERO

Estudiante: Lorena Alexandra Silvera Giménez

CI: 5.103.017-9

Tutora: Prof. Dra. Alejandra López

Revisora: Prof. Adj. Mag. Irene Barros

Montevideo, Uruguay

11 de abril, 2023

I. RESÚMEN.

En este trabajo presento una aproximación historiográfica de la relación entre mujeres, psicoanálisis, feminismos y perspectiva de género enlazados a los contextos sociohistóricos de dos momentos en particular. Un primer momento relacionado al surgimiento de la teoría psicoanalítica y su proceso de consolidación, en el que me propongo explorar quienes fueron algunas de las primeras psicoanalistas mujeres que aportaron, cuestionaron, y/o debatieron con el psicoanálisis en los primeros años de la teoría. Un segundo momento, de finales de siglo XX hasta la actualidad, tomando los aportes de psicoanalistas mujeres contemporáneas que, con el bagaje de más de cien años, siguen construyendo psicoanálisis hoy desde perspectivas feministas y de género. Intento de esta manera realizar un recorrido que permita visualizar cómo han interactuado estas dimensiones en el tiempo y sus posibles articulaciones en el presente.

Palabras clave: mujeres, psicoanálisis, feminismos, género.

Key words: women, psychoanalysis, feminisms, gender.

ÍNDICE.

I.	INTRODUCCIÓN.....	4
II.	CAPÍTULO UNO. Inicios del psicoanálisis y primera ola del feminismo.....	5
III.	CAPÍTULO DOS. Primeras mujeres psicoanalistas que discutieron sobre psicoanálisis.....	12
IV.	CAPÍTULO TRES. Fines del siglo XX en adelante, feminismos, género y debate con el psicoanálisis.....	19
V.	CAPÍTULO CUATRO. Psicoanálisis de fines del siglo XX en adelante por mujeres psicoanalistas que integran feminismos y género.....	29
VI.	CONSIDERACIONES FINALES.....	43
VII.	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	44

I. INTRODUCCIÓN.

El presente trabajo surge de lo que entiendo¹ como una necesidad de pensar la teoría psicoanalítica con relación a las mujeres, tensión que ha existido desde sus inicios. Me propongo en principio indagar sobre las primeras psicoanalistas que se atrevieron a reflexionar, cuestionar y aportar al psicoanálisis para -de esta forma- realizar una aproximación de la temática que posibilite comprender los procesos históricos, sociales y culturales que llevaron a las psicoanalistas contemporáneas a pensar como lo hacen, y a seguir construyendo teoría desde posicionamientos feministas y de género.

El psicoanálisis ha despertado en las mujeres interrogantes, críticas y necesidad de reflexión. Mujeres psicoanalistas contemporáneas a Freud y Lacan, como principales exponentes, se han expresado con relación a esto, pero debido a su condición como tales, la historia y las instituciones que imparten conocimiento no se han encargado de visibilizarlas. Es de gran relevancia entonces ir hacia sus discursos para identificar que tanto ellas como el avance de los feminismos y la aparición de la perspectiva de género han sentado las bases y sembrado el camino para que otras mujeres puedan construir teoría psicoanalítica desde otra subjetividad habilitadora. Lo que a su vez se condice con una necesidad actual de las mujeres y las disidencias de pensarnos dentro de un sistema de opresión hegemónico que nos limita, violenta y constituye bajo estas lógicas de poder. Por esto, pensar y construir un psicoanálisis que pueda tomar en cuenta los feminismos y la perspectiva de género tiene que ver con la necesidad de integrar y hacer parte de la teoría y la práctica la mirada sobre la violencia estructural del sistema patriarcal en el que el psicoanálisis mismo sentó sus bases y que aún hoy forma parte de nuestra sociedad. Las subjetividades se construyen sobre estas lógicas y es imprescindible que en la formación como profesionales de la psicología podamos visualizarlo y echar luz sobre ello.

Me propongo entonces un recorrido que dé cuenta de lo planteado y que permita seguir construyendo psicoanálisis en diálogo con esta realidad compleja.

En el primer capítulo intento dar cuenta de las características del momento sociohistórico en que surge el psicoanálisis así como su proceso de consolidación y su relación con la etapa que atravesaba el feminismo.

En el segundo capítulo realizo una breve exposición acerca de quiénes fueron algunas de estas primeras psicoanalistas y cuáles fueron los principales temas que abordaron.

¹ Escribo este trabajo en primera persona como mujer que escribe sobre las marcas históricas que han dejado y siguen dejando otras mujeres, creando y transformando la realidad, desde un lugar de implicación que inevitablemente me subjetiviza, en una decisión que nada tiene que ver con lo arbitrario, sino más bien con una postura ética.

En el tercer capítulo hago una caracterización general del contexto histórico de finales del siglo XX y principios del siglo XXI, la situación de los feminismos y la perspectiva de género en dicho contexto y el debate dado con la teoría psicoanalítica.

En el cuarto capítulo presento una recopilación de los aportes de algunas psicoanalistas mujeres, partiendo de finales del siglo XX hasta el siglo XXI, dando cuenta de la construcción de teoría psicoanalítica en el contexto actual desde posicionamientos feministas y de género.

Por último realizo una breve conclusión basada en el proceso del trabajo y el material recopilado.

II. CAPÍTULO UNO: Inicios del psicoanálisis y primera ola del feminismo.

En este capítulo me propongo realizar un panorama general del contexto social, político, económico y cultural de occidente como cuna del psicoanálisis y del feminismo, y también de la situación de América Latina, entendiendo fundamental pensar en las condiciones de existencia en ese período histórico del continente donde vivimos.

Para comprender el contexto en que se funda el psicoanálisis hay que comenzar hablando de la situación de occidente, ya que es el seno del mismo y también del feminismo. De acuerdo con Eastman (2006) el paradigma civilizador de esta región está determinado por la revolución industrial y el capitalismo. En la misma línea, Hobsbawm (1995) define que el período que abarca el final del siglo XIX y el inicio del siglo XX está dado por una civilización capitalista, liberal, burguesa y con enormes avances en la ciencia, el conocimiento y la educación. Destacando la posición central de Europa como cuna de las revoluciones en cuanto a las ciencias, el arte, la política y la industria. Siguiendo con lo expuesto por el autor, no obstante, la finalización del siglo XIX se da con una perspectiva sombría y apocalíptica por quienes han reflexionado sobre ello, que se materializó luego con el estallido de la Segunda Guerra Mundial que significó la caída de la civilización occidental tal como se la conocía. Parafraseando a dicho autor, este derrumbamiento además evidenció el malestar no solo de occidente sino del mundo entero, a niveles económicos y también políticos.

Retomando a Eastman (2006) a fines del siglo XIX se da una reactivación de la economía en Europa, pero en relación a lo social los gobiernos de estos países se enfrentan a grandes conflictos como huelgas y fuerte actividad sindical con incremento del reconocimiento y la participación de los socialistas en dichos espacios. A su vez, este escenario de tensión interno encendió las alarmas de guerra a nivel internacional, lo que condujo a las corrientes de derecha en los gobiernos y al imperialismo.

Eastman (2006) afirma que toda la violencia ejercida sobre el sur y las especulaciones de guerra en el norte llevaron a la realización de reuniones internacionales que buscaban enfrentar este escenario. En 1889 y en 1907 se celebran los Tratados de la Haya, que si bien no pudieron poner un freno si dejaron un legado para los siglos posteriores mostrando “conciencia y sensibilidad de una parte de aquella sociedad frente al desastre europeo humanitario que se avecinaba” (2006, p. 154).

En nuestro continente significó el final del dominio colonial europeo producto de las resistencias, en particular de Estados Unidos y Brasil. Y aunque excede a los alcances de este trabajo, considero importante señalar que en el caso de África, Medio Oriente, Asia y Oceanía esto fue de forma contraria ya que se consolidó en este momento el colonialismo y el imperialismo de sus territorios y sus pueblos por parte de Europa y del nuevo capitalismo no europeo (Eastman, 2006). Estos dos escenarios no son contrarios entre sí, sino que constituyen uno nuevo, el de un frágil equilibrio en el orden de las sociedades industrializadas y capitalistas del norte. Las mismas establecieron un discurso de creencia en una superioridad humana sobre las sociedades del sur, basados en la civilización industrial y moderna. Refiere a una interpretación del mundo que fue eurocentrista en un primer momento y luego occidentalista (Eastman, 2006). En el caso de Latinoamérica, el final del siglo XIX significó por un lado esperanza y oportunidades, otorgadas por la llegada del buque, ferrocarril, telégrafo y también la apertura en lo relacionado al comercio, las inversiones y el acceso al arte, letras y filosofía. Por otro lado, también trajo miedo y rechazo a las nuevas ideas que ponían en jaque “una larga etapa de su historia, tradicional y bucólica, patrimonial y oligárquica, patriarcal y católica” (Eastman, 2006, p.159).

En cuanto al surgimiento del psicoanálisis ligado a su contexto histórico, según Rodríguez (2003), el siglo XX ha sido caracterizado como el siglo en el que imperó el psicoanálisis, olvidando a veces otros sucesos históricos y formas de interpretar la realidad de este siglo como lo son “la cibernética, la bioingeniería, la genética, la relatividad, el Holocausto, del existencialismo, del postmodernismo, y muchos otros etcétera que cada especialista intentará destacar en su quehacer” (2003, p. 3). De igual manera, este autor no niega en absoluto el hecho de que el surgimiento del psicoanálisis ocupó un lugar central en el espacio de lo cultural, en tanto las formas de pensar a las personas y sus formas de relacionamiento las unas con las otras. En esta misma línea, Aritio (1981) también define al psicoanálisis como uno de los fenómenos culturales más destacados del siglo XX.

Para brindar un panorama de su proceso de surgimiento y consolidación me basaré en los aportes de Montejo (2009) quien ubica su surgimiento a finales del siglo XIX como método de investigación y tratamiento de la neurosis. También ubica la aparición de las *Reuniones de los miércoles* en 1902, y las caracteriza como un espacio en el que partidarios

de Freud y de su teoría resisten al rechazo por parte de la medicina y la ciencia que el psicoanálisis sufre desde sus inicios. Este grupo fue formado por Adler, Stekel, Kahane y Reitler, médicos vieneses de religión judía.² De acuerdo con el autor, con el correr de los años, el psicoanálisis dejó de ser solamente un método de investigación y tratamiento de la neurosis para irse convirtiendo no solo en una forma de hacer psicología y clínica, sino también en una manera de criticar la *normalidad* y la sociedad. El grupo originario de los miércoles pasó a ser la *Sociedad Psicoanalítica de Viena* adoptando una determinada organización que lo convierte en un *movimiento* con el objetivo de expandirse tanto a nivel teórico como geográfico. Pretenden de este modo extender el *movimiento* “al tratamiento de las psicosis, al análisis social, a la antropología, a la religión” convirtiéndose en un proyecto transformador a nivel de la ciencia y la sociedad, creando otras “sociedades psicoanalíticas” (Montejo, 2009, p. 59) y calando en otros espacios sociales como las universidades y los centros de salud mental. El autor explica además que el término *movimiento* no fue seleccionado por Freud de manera inocente, sino que dicha denominación exige “fidelidad, capacidad de acción y compromiso manifiesto” y que “la cohesión del grupo en torno al líder y a su causa, debe ser muy fuerte y no se admiten disidencias” (2009, p. 60). Sitúa en ese contexto la llegada al movimiento de Carl Gustav Jung que es de los primeros discípulos proveniente del extranjero. De esta forma el centro se traslada a Zurich donde funciona el Hospital Burhölzli, lugar en el cual comienzan a surgir las diferencias en cuanto a las perspectivas del movimiento. Jung por su parte pretende imprimirle un sentido religioso y por otro lado Gross y Ferenczi, quienes igualmente difieren entre sí, pretenden que el psicoanálisis aspire a “transformar la realidad social, divulgar abiertamente sus conocimientos y convertirse en un movimiento “filosófico-político’ de crítica, transformación y revolución social” (Montejo, 2009, p. 61). Este autor señala que Freud no adhiere a ninguna de estas posturas.

De acuerdo con Montejo, el psicoanálisis en ese contexto de necesidad de legitimación, reproducción y transmisión, se institucionaliza, conformándose la Asociación Psicoanalítica Internacional, con sus siglas en inglés IPA (International Psychoanalytical Association). En 1910 el movimiento psicoanalítico es una institución, y como institución la IPA tiene un proyecto con fines y reglas determinadas de admisión, partiendo de una organización con normas y cargos estrictos. Su problemática mayor residirá en “cómo producir psicoanalistas y qué tipo de psicoanalistas se quiere producir y/o reproducir” (2009, p. 64) junto con abrirse al debate en cuanto a los fines mismos del psicoanálisis. Aunque,

² Mujeres psicoanalistas que formaron parte en la construcción y consolidación del psicoanálisis serán mencionadas en el capítulo siguiente con detalle. En este capítulo decido no hacerlo para evidenciar que los discursos sobre la temática no suelen incluirlas, destacando como figuras relevantes e influyentes solamente a los hombres en la mayoría de los casos.

según él, el proceso de institucionalización se interrumpirá con el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 para volver recién a fines de 1918 con nuevos psicoanalistas y un aire más revolucionario propio de ese momento histórico. Ello dará pie para el *proyecto de una psicoterapia para las masas*, que Freud lanza en 1918 el cual “se articularía en un programa basado en la creación de clínicas gratuitas, donde se formarán los nuevos analistas, que serán los que llevarán a cabo esa 'psicoterapia para las masas'” (2009, p. 67).

El psicoanálisis en la universidad y la editorial psicoanalítica internacional, completarían el programa, el cual tenía que exportarse a todo el movimiento psicoanalítico internacional para consolidarse. Se hará realidad en Berlín en 1920 con la inauguración de la Policlínica Psicoanalítica, de acuerdo con el autor.

“La primera época de la IPA estará marcada por una dinámica de cerrar filas en torno a la pureza teórica y la vigilancia doctrinal (...) Evidentemente, para desarrollar el ambicioso proyecto de Freud al crear la IPA (1910), el movimiento psicoanalítico debía estar totalmente cohesionado y unido. Sólo tenían cabida los seguidores totalmente convencidos y comprometidos con la causa. Los demás, los disidentes, son percibidos como el peor peligro posible para la institución, peor que los numerosos y beligerantes adversarios externos del psicoanálisis” (Montejo, 2009, p. 65)

En esta línea plantea que se sostiene un proyecto extraordinario por toda la década de los veinte, pero a principios de los treinta las peleas a la interna de la IPA y el contexto político europeo harán que el movimiento deje de expandirse y solo se defiende y agote, trasladándose, para no acabar, a EEUU e Inglaterra.

El contexto de surgimiento y expansión del psicoanálisis está dado por una sociedad que, de acuerdo con Ribas (1999), estuvo marcada por la industrialización, con la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado y el surgimiento de los movimientos que reivindicaban los derechos civiles y políticos. Sosa (2016) afirma que el androcentrismo caracterizó a esta sociedad, “se ha tendido a considerar al hombre como centro y la medida de todas las cosas, mientras se afirmaba la inferioridad (biológica, moral y/o intelectual) de la mujer, empleando la ciencia como argumento y justificación de esta situación” (Bosch, Fiol y Gili, 1999, en Ferrer y Bosch, 2005, p. 2). Continúa parafraseando a estas autoras explicando que el patriarcado³ caracterizó a la sociedad victoriana, que también abogaba por el puritanismo, el sexo como tabú, únicamente para los cónyuges y utilizado solo con el fin de la procreación, aunque esto estaba principalmente dirigido hacia las mujeres quienes debían ser madres y dedicarse a eso. Sosa (2016) vincula esto último con lo que denomina

³ Tajer (2020) ofrece una definición del término citando a Connel (1997);

Caracterizamos como patriarcado a un sistema de organización de las relaciones de poder entre los géneros en la cual los varones tienen mayor poder social que las mujeres. Y que a su vez establece tanto un orden jerárquico entre las generaciones, bajo el dominio de la figura del padre/patriarca, como un ordenamiento de las relaciones de poder de los varones entre sí. (p. 49).

la doble moral de la era victoriana relacionada con aprobar la infidelidad de los hombres y reprobarla en las mujeres, además de la obligación para éstas de no mantener encuentros con hombres previo al matrimonio, cosa que no se les exigía a los últimos. Explica también que lo anterior se da en el plano de la burguesía, pero que por otro lado se encontraba la realidad de las mujeres que ejercían la prostitución. Para hablar de esto trae “el objeto erótico” planteado por Bataille (1957) citado en Fedullo (2002) y explica que este autor considera que la prostituta es tomada como el objeto erótico por excelencia, ya que teniendo un cuerpo femenino, es a su vez pasiva, inmóvil y sin condición de sujeto para sí misma, sino que es un sujeto para otros, un objeto, por lo que pierde todo tipo de respeto. Las mujeres que son dignas de respeto son las amas de casa, esposas, madres desprovistas de todo saber sexual, al contrario de las prostitutas encargadas de satisfacer los deseos sexuales de los hombres pero que no serán dignas de hogar o pareja. La autora aquí destaca que a ambos grupos de mujeres se las toma como objetos, negándoles ser sujetos, se las incapacita en la toma de decisiones, posibilidad de desear o de tener satisfacciones propias. En este contexto es que aparecen las *histéricas* “histerización del cuerpo de la mujer (...) el cuerpo de la mujer fue analizado – calificado y descalificado – como cuerpo integralmente saturado de sexualidad” (Foucault, 1977/1991, p. 127, en Sosa, 2016 p. 4). A partir de aquí, es desde donde Freud va a observar esta represión sexual en las mujeres que provoca que las mismas enfermen y es el punto de partida y la base de toda su teoría.

Por su parte, Varela (2005) señala que con el advenimiento del capitalismo, las mujeres acceden al trabajo industrial en tanto mano de obra barata y poco reivindicativa. La autora, diferencia la situación de las mujeres de la clase obrera y la de las mujeres pertenecientes a la burguesía. Para estas últimas el trabajo remunerado no era algo permitido debido que su deber era quedarse en sus casas: “casadas, carecían de derechos; solteras eran castigadas y rechazadas socialmente. Pero a pesar de esta separación cada vez mayor en distintas clases y por lo tanto con distintos roles, y distintas exigencias, las mujeres comienzan a organizarse” (2005 p. 56).

Siguiendo con Varela, con el sufragismo por primera vez aparece el feminismo como un movimiento social internacional, autónomo teórica y organizativamente, que va a ocupar un lugar de importancia dentro de otros movimientos sociales como los distintos socialismos y el anarquismo. Según Cucchi (2020) los primeros años del siglo XX y hasta el período entre Guerras Mundiales se caracteriza además por la obtención del sufragio para las mujeres de algunos países de occidente. En este contexto el feminismo tiene un auge importante, así como lo explica Ribas (1999) el mismo además se introduce en las filas del psicoanálisis. Por ello entiendo relevante indagar cómo es ese momento particular que atraviesa el feminismo en esa etapa de surgimiento y consolidación del psicoanálisis como fenómeno cultural.

Seguiré los aportes de Cucchi (2020) quien define a los feminismos como “movimiento social abocado a la transformación de las estructuras sociales y político-económicas que generan y reproducen la opresión de los cuerpos femeninos y feminizados” (p. 12). Esta misma autora cita a Richard (2008) quien identifica por un lado a movimientos sociales y la lucha contra las estructuras tanto públicas como privadas que subordinan a las mujeres y por otro lado, a la construcción teórica que han desarrollado las mujeres sobre su condición. La primera ola del feminismo surge a finales del siglo XIX y se extiende hasta las primeras décadas del siglo XX con el surgimiento de la segunda ola que se da hacia la mitad del mismo. Los principales antecedentes teóricos al surgimiento de la primera ola, fueron “las feministas clásicas ilustradas, tales como Olympe de Gouges o Mary Wollstonecraft, quienes reclamaban que se las reconociera como ciudadanas en la nueva República que se encontraba naciendo” (Cucchi, 2020, p.14). De acuerdo con Varela (2005) Wollstonecraft con su libro *Vindicación de los derechos de la mujer* inicia los caminos para el feminismo que se desarrollará en el siglo XIX. Por su parte, Corbo (1995) afirma que dicho texto redactado en 1792 defiende la igualdad de la especie y como consecuencia la igualdad de los géneros, la lucha contra el prejuicio, la exigencia de educación igualitaria para niñas y niños y el reclamo por la ciudadanía de las mujeres. Varela (2005) entiende que la obra de Wollstonecraft siembra las ideas de lo que luego en el siglo XXI aún se manejará sobre género y discriminación positiva. Si bien esto precede al momento histórico que intento abarcar, es un antecedente relevante para comprender la construcción de la lucha de las mujeres en nuestras sociedades y la construcción de los conceptos que aún en el presente seguimos pensando y que más adelante retomo en este trabajo.

Volviendo a las sufragistas, Varela (2005) aporta que con la Revolución Rusa, el final de la Primera Guerra Mundial y la caída del Imperio Austro-Húngaro, suceden reformas muy progresistas, entre ellas, la posibilidad del sufragio para las mujeres. La autora explica que antes de la Segunda Guerra Mundial el orden europeo se desarmó y para ese entonces la mayoría de los países desarrollados y los que habían pasado sus procesos de descolonización ya contaban con el sufragio de las mujeres. El período de entreguerras mundiales fue difícil para el feminismo ya que la victoria del bolchevismo instala el “miedo rojo” y muchas feministas fueron acusadas de subversivas. Para ese entonces se habían conseguido algunos objetivos fundamentales de la lucha, que eran el derecho al voto y la educación superior para las mujeres. A su vez el descenso en las tasas de natalidad hizo que se responsabilizara a las mujeres por su independencia en ascenso, acusándolas de destruir la familia y con esto a los cimientos de la nación. Razones por las que muchas abandonaron la militancia, aunque algunas siguieron aportando a la economía o las reformas de leyes en torno a la infancia y la maternidad (Varela, 2005). Por otro lado, es relevante tomar los aportes de Maestro (2013) quien afirma que fue la Revolución Soviética

la que propició grandes avances en la situación de las mujeres y en la que se produjeron líneas de pensamiento relacionadas con su independencia. Citando a Goijbarg (1918) destaca aspectos como; “la libre opción sexual y la lucha consciente para 'sustituir la familia por otras opciones más razonables, más racionales, basadas en los individuos separados’”. La autora nombra como figuras destacadas a Inessa Armand, Alexandra Kollontai, Rosa Luxemburg y Clara Zetkin.

En cuanto a los inicios del feminismo latinoamericano, Gargallo (2007) explica que se da a partir de un proceso relacionado con identificaciones, reclamos y prácticas políticas, como sucede con las ideas anti hegemónicas, y señala que existe escaso registro escrito de la historia de las mujeres indígenas anterior al siglo XX. La autora, resalta que “la participación de comuneras, criollas e indígenas en la lucha contra el colonialismo fue amplia, pero no reconocida, y el triunfo de los liberales en la mayoría del continente no redundó en el reconocimiento de la igualdad de las mujeres” (2007, p. 18). Latinoamérica hereda un racismo colonial que imposibilitaba que las mujeres se reconocieran como tales, quedando relegadas a las categorías de la etnia, por lo que no compartían sus formas de ver el mundo ni los espacios sociales. No obstante, según la autora, las mujeres latinoamericanas, destacando a las argentinas, brasileñas, mexicanas y venezolanas de los sectores más acomodados de la urbanización comenzaron a reunirse y publicar periódicos en los que compartían noticias, sus poemas y cuentos y también expresando sus ideas sobre qué eran en relación a los hombres. A su vez, trabajadoras asalariadas de las fábricas como las hilanderas y tabacaleras comienzan a exigir igualdad de salarios para iguales trabajos, aunque las obreras representaban una parte mínima de las trabajadoras. De esta manera es que según esta autora las mujeres latinoamericanas elaboran su idea de igualdad entre los sexos, que más tarde se transformará en la exigencia de las igualdades jurídicas y el derecho al sufragio.

Barrancos (2020) por su parte habla de la existencia de experiencias de “asociaciones femeninas” (p. 109), a finales del siglo XIX, marcando una diferenciación en cuanto a la más temprana adhesión de algunos países y en la magnitud alcanzada en cuanto a la reivindicación de derechos de las mujeres. Esta autora une el despertar con las experiencias del feminismo internacional que relaciona con el vínculo de las sociedades sudamericanas con Europa debido al fenómeno de la inmigración. Destaca a su vez las diferencias existentes entre los países del Atlántico con los Andinos y del Pacífico, manteniendo los últimos “una considerable población nativa y mestiza a raíz de la conquista y la colonización hispánicas” (2020, p. 109). Entiende que “las mujeres sudamericanas realizaron una inscripción en las ideas de las agitaciones feministas con episodios de gran significado a lo largo del siglo XX”. Afirma que los años veinte se distinguen por los

movimientos de mujeres, con “una curva inflexiva en los años de posguerra” (2020, p. 110), aunque no en todos los países, se destaca en algunos una gran conquista de derechos.

III. CAPÍTULO DOS. Primeras mujeres psicoanalistas que discutieron sobre psicoanálisis.

De acuerdo a lo expuesto en relación a la situación de las mujeres en el contexto en que nace el psicoanálisis no es difícil imaginar que el camino para que las mismas se adentraran en su estudio en el comienzo no era para nada sencillo. En este capítulo haré referencia a mujeres partícipes del psicoanálisis desde sus inicios, quienes, tomando a Sánchez-Barranco y Vallejo (2003) eran en su mayoría centroeuropeas que sufrieron e intentaron superar el conservadurismo y los estereotipos de género de la época que pretendía de ellas que fueran; esposas, madres, amas de casa y/o cuidadoras de sus progenitores en la vejez. Según estos autores, la primera vez que aparecen referencias a mujeres en los grupos psicoanalíticos es en el Primer Congreso Internacional de Psicoanálisis del 27 de abril de 1908 en Salzburgo. Aparecen allí la Dra. Sophie Erismann, que era esposa de un reconocido internista y Frieda Gross, que era esposa de Otto Gross. Ambas pasaron por esa instancia sin conocerse sus aportaciones. Posteriormente en las Actas de las Reuniones de los Miércoles, que sucedían en la consulta de Freud, se evidencia que en 1910 Paul Federn presenta como candidata a ser parte a la doctora Margareth Hilferding, quien fue aceptada. También nombran a Sabina Nicolaievna Spielrein, quien fue aceptada en la Asociación Psicoanalítica de Viena en 1911, así como en ese mismo año también lo fue una psiquiatra rusa llamada Tatiana Rosenthal.

Los autores antes citados le dan un lugar de reconocimiento a Lou Andreas-Salomé y a Hermine Hug-Hellmuth. Mencionan también a Ernest Oppenheim, la esposa de un doctor de apellido Stegmann y Hans Sachs, quienes asistieron como invitadas a reuniones. Por último hacen alusión a las que denominan “psicoanalistas de la segunda generación” (2003, p. 108) quienes a su criterio deben ser consideradas como pioneras en el psicoanálisis y también como precursoras del feminismo constructivo, siendo ellas; Erzsebet Radó-Revesz, Helene Deutsch, Beata (Tola) Rank, Anna Freud, Eugénie Sokolnicka, Karen Horney, Melanie Klein, Sophie Morgenstern, Marie Bonaparte y Ruth Mack-Brunswick (2003, p. 108). Para Bolla y Martínez (2020) desde que Freud creó el psicoanálisis él mismo y otros miembros que formaron parte de sus inicios, tuvieron grandes desencuentros con las feministas europeas, los cuales se hicieron explícitos para estos autores durante el período de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, sostienen que el vínculo surge desde el psicoanálisis mismo. Por su parte, Bochar (2016) también nombra mujeres pioneras en

psicoanálisis, algunas ya mencionadas, como Karen Horney, Helene Deutsch y Lou Andreas-Salomé sumando a Jeanne Lampl de Groot y Joan Riviere. A continuación presentaré brevemente las contribuciones de algunas de estas psicoanalistas.

Me baso en el trabajo de Sánchez-Barranco y Vallejo (2003) para hablar de Sabina Spielrein, de origen ruso, quien presentó su tesis con la que obtuvo su matrícula de honor en psiquiatría el año 1911, basada en un estudio clínico de una paciente con esquizofrenia presentando hostilidad y deterioro con fuertes preocupaciones por la muerte y la decadencia, y con incapacidad para coordinar la verbalización de sus pensamientos. A través de la observación del contenido psicológico de sus delirios encuentra dos elementos antagónicos en su deseo sexual, un elemento que caracterizó como disgregador y por tanto destructivo, y otro elemento constructivo que denominó componente de transformación. Los autores antes nombrados dicen que podemos encontrar aquí algo similar a lo que Freud desarrollaría luego como *sublimación*. También explican que hay quienes encuentran en este trabajo de Spielrein una semilla a lo que sería la *pulsión de muerte*, pero entienden que más bien se trataría del inicio de una teoría de la *represión* que ella misma retomará con más profundidad luego. En su trabajo se destaca la destructividad como causa última de la vida;

los conflictos fundamentales que tienen lugar en la mente humana no son el enfrentamiento entre las pulsiones del yo y las pulsiones sexuales, sino, como antes se ha insinuado, entre la vida y la muerte, de modo que la tendencia destructiva humana ha de luchar contra la misma sexualidad (Sánchez-Barranco y Vallejo, 2003, p. 113).

Su tesis es aceptada en la Asociación Psicoanalítica de Viena en 1911 para ser discutida asistiendo, según los autores, de forma regular a las reuniones por ese entonces en la sede del Colegio de Doctores de Viena. Spielrein elabora esta teoría en base a las ideas de Élie Metchnikoff. Explican que ella puso este deseo de muerte del que habla Metchnikoff en relación con la pulsión sexual en un aspecto destructivo, alegando que la sexualidad es ambivalente respecto al Yo ya que para producir la vida buscará la disolución del mismo. También reconocen en esto la deuda de Spielrein con Nietzsche y Wagner, destacando igualmente que tal teoría de Spielrein puede explicarse como una forma novedosa de explicar la represión. Dichas ideas se consolidaron luego y se pueden ver bien organizadas en el trabajo *La destrucción como causa del nacimiento* de 1912, donde la autora explica que la coexistencia de la destructividad y la sexualidad en las personas da cuenta de la actuación específicamente de la represión contra los deseos sexuales, no a otros deseos, ya que centra este enfrentamiento con las pulsiones de autoconservación “en el placer/displacer por medio de la descarga y en la represión como una consecuencia de la naturaleza prohibida de la pulsión libidinal, fundamentalmente por el objeto hacia el que se

dirige" (Sánchez-Barranco y Vallejo, 2003, p. 114). Spielrein define una pulsión de conservación del individuo y otra de la especie. Establece dos estructuras del psiquismo; el Yo, energía que es aportada por la pulsión de autoconservación que protege la individualidad, y el inconsciente, que es colectivo y su energía viene de la pulsión de conservación de la especie por encima del individuo que actúa en contra del Yo, quien verá la presencia del deseo sexual como una amenaza, por lo tanto responderá con la represión, ante la amenaza de disolución. También en 1912 escribe el ensayo *Contribuciones a la comprensión del alma de un niño* donde se puede observar su interés por la psicología infantil. Revela un dato interesante para ese mismo año, en que Tausk da una conferencia en la Asociación Psicoanalítica de Viena; *La sexualidad y el yo*, en la misma se pueden ver muestras de la teoría de Spielrein acerca del componente destructivo de la sexualidad, Spielrein, quien participó del encuentro interviene alegando esto y Freud lo corrobora.

Lou Andreas-Salomé, nacida en Rusia, es otra de las primeras mujeres que participaron dentro del movimiento psicoanalítico en sus inicios. De acuerdo con Pfeifer (1957), participa de las discusiones de los miércoles del grupo de psicoanalistas vieneses y del grupo de Adler, opuesto a Freud. Sánchez-Barranco y Vallejo (2003) relatan que Andreas-Salomé fue presentada a Freud en el III Congreso Psicoanalítico Internacional en Weimar en 1911 y finalizado el mismo solicitó a Freud la admisión en el grupo vienés de los miércoles, siendo aceptada, llega a Viena en el año 1912. De acuerdo con los autores, la futura psicoanalista permaneció en la ciudad asistiendo a los seminarios de Freud y Adler y participando del círculo de los miércoles por seis meses. Para ese entonces ya había ganado gran reputación por ser una "escritora de vanguardia, especialmente como creadora de heroínas ficticias que representaban la nueva mujer que nacía en Europa, no sometida al yugo del matrimonio tradicional, a la estrecha maternidad o al tradicional papel masoquista en la sexualidad" (2003, p. 82). Hacen referencia también a la participación excepcional de Andreas-Salomé en los dos grupos psicoanalíticos, el de Freud y el de Adler, lo que no era aceptado debido a sus diferencias. Explican que por esos momentos ella vivió en persona los primeros conflictos dentro del movimiento con la secesión de Alfred Adler, Wilhelm Stekel y Gustav Jung. Destacan que Andreas-Salomé veía en el enfoque de Adler un exceso de biologización y abandono del inconsciente. Sus objeciones hacia él se evidencian en una carta que le dirigió en 1913 donde objeta que "lo orgánico por sí mismo no puede explicar ni condicionar lo psíquico, sino que únicamente lo pone de algún modo de manifiesto" (2003, p.83).

Sánchez-Barranco y Vallejo (2003) hacen referencia a su publicación en 1915 del artículo *Anal y sexual en Imago*, el cual Freud y Lacan mencionaron en algunas oportunidades, agregan que dicho artículo y los publicados entre 1913 y 1933 se pueden

encontrar en castellano en *El narcisismo como doble dirección*. Además hacen referencia a la variedad de artículos redactados por la psicoanalista en la revista *Imago* destacando sus trabajos psicoanalíticos;

el ensayo *Sobre el tipo de mujer* (1914), donde realiza reflexiones de interés sobre el tema de la feminidad y el psicoanálisis (17) y en el titulado *El narcisismo como doble dirección* (1921), con el que abrió nuevas vías al asunto del narcisismo en la línea que hoy se mantiene. (2003, p. 84).

Karen Horney es una de las primeras psicoanalistas que a partir de la década de 1920 desacredita la mirada freudiana sobre la sexualidad femenina en palabras de Bolla y Martínez (2020). Estos autores centran la crítica de Horney a la *envidia del pene*, lo que juega un papel determinante en el destino de la niña. Horney entiende la envidia del pene como “el sentimiento que experimenta la mujer de estar socialmente en desventaja” (2020, p. 64). Siguiendo los aportes de Bochar (2016), Horney no entiende la envidia del pene como defensa de la niña en compensación de su decepción al verse privada de ello, sino como herramienta para defenderse de los deseos incestuosos del padre, por ende convirtiéndose en temor deseado. Parafrasea a Irigaray (2009) para explicar que, de acuerdo a lo expuesto anteriormente, en el planteo de Horney la niña ya descubrió su vagina en una fase inicial de su desarrollo. Según Bochar (2016) Horney elaboró una tesis feminista al argumentar que la neurosis en la mujer “es un componente indispensable para devenir mujer normal, resignarse al papel que le impone la norma”, y ésta opera “como síntoma defensivo que protege a la mujer de la condición política, económica, social y cultural que le impedía contribuir a cambiar el destino que le ha tocado por su condición sexual de mujer” (p. 52).

Según algunas perspectivas, Joan Riviere, y Karen Horney fueron “las más radicales” debido a que ambas reconsideraron “temas como el de la envidia del pene, el complejo de masculinidad y la castración” (Bochar, 2016, p. 52). Riviere fue la primera en definir la feminidad como *mascarada* pudiendo considerarse este concepto como un antecedente del concepto de *género como performance*.⁴ Interesándose por casos de mujeres heterosexuales masculinizadas planteó una *triple disociación* entre las prácticas sexuales y culturales y el sexo anatómico, describiendo el conflicto entre lo interior y lo exterior “en el espacio doméstico asignado y el espacio público vedado. Su tesis de la mujer intermedia pretende mostrar que lo intermedio de esta mujer se debe a que trasciende estas imposiciones, transgrede la división sexual del espacio”. (Preciado, 2004 en Bochar, 2016 p. 52).

⁴ Concepto que de acuerdo con Bochar (2016) en los años noventa retomarán Butler y De Lauretis.

Otra figura relevante en la construcción de la teoría psicoanalítica fue Melanie Klein, quien al igual que Horney, estuvo de acuerdo en afirmar que las niñas son conscientes de sus genitales propios y también de sus sensaciones vaginales previo al descubrimiento de existencia de los genitales masculinos y así de su diferencia propia (Bolla y Martínez, 2020).

Niño (2010) afirma que más allá de que Klein despertó fuertes críticas por haber usado el análisis de sus hijos para formular sus ideas y también por sus controversias con Anna Freud, esta psicoanalista es de las más sobresalientes del psicoanálisis. Fue la precursora de la *técnica del juego* en el análisis de niños y estaba convencida de que el tabú con el que se trataba la sexualidad era nocivo y que se podría evitar la represión innecesaria fijando así el principio de la salud mental. Según Niño, esto es con lo que inicia su primera conferencia sobre el desarrollo del niño⁵ en la Sociedad Húngara.

Klein nació en Viena en el año 1882 (Sánchez-Barranco y Vallejo, 2004) y se introdujo al análisis con el psicoanalista húngaro Sandor Ferenczi (Zaretsky, 2003). Al mudarse a Berlín, en el instituto de esta ciudad conoce a la analista británica Alix Strachey, esposa del traductor de Freud, quien resultó decisiva en su acercamiento a la temática, así como su lectura del ensayo freudiano sobre el sueño.

De acuerdo con Niño (2010) Klein fue influenciada por Ferenczi, siendo este el primero que vio en ella su capacidad para comprender el inconsciente infantil. Da inicio a su estudio con su hijo Erich, nombrado Fritz en sus escritos, trabajo que da pie para su presentación en la Asociación Psicoanalítica Húngara en 1919, consiguiendo con ello la condición de miembro. En 1920 cuando asiste al Congreso de La Haya conoce a Abraham y Hermine Hug-Hellmuth y es invitada por Abraham a formar parte del grupo de Psicoanalistas de Berlín. Hubo resistencia para aceptarla, pero en medio comenzó a recibir a los hijos de sus colegas para análisis lo que le otorgó experiencia, cuyos casos aparecen en *El psicoanálisis de niños* de 1932. De acuerdo con Sánchez-Barranco y Vallejo (2004) Klein se convierte en titular de la Asociación Psicoanalítica de Berlín en 1923. Niño (2010) aporta que en el VIII Congreso de la IPA en Salzburgo en su presentación sobre psicoanálisis de niños se comienza a ver el cuestionamiento hacia aspectos del complejo de Edipo, en lo que fue apoyada por Abraham y Ernest Jones para que Freud lo considerara. Vuelve a leer este trabajo en la Wiener Psychoanalytische Vereinigung donde se encuentra también Anna Freud y comienza entonces el debate sobre el *Psicoanálisis del niño*; "lo que decía Anna Freud, una manera nueva de pedagogía o, como sostenía Melanie Klein, el lugar de la exploración psicoanalítica del funcionamiento psíquico desde el nacimiento". (Delirante Serial, 2008, en Niño, 2010, p. 56).

⁵ En las oportunidades que expreso "el niño" cuando no hace únicamente alusión a varones, utilizándose el masculino genérico, lo hago de esta manera debido a que es como fue mencionado por quien se cita o parafrasea.

De acuerdo con la misma autora, en 1924 Melanie Klein presenta *Una neurosis obsesiva en una niña de seis años* “en la Primera Conferencia de Psicoanalistas Alemanes, en Würzburg” (Niño, 2010, p. 56) donde además conoce a Alix Strachey quien es de ayuda para realizar algunas traducciones de los escritos de Klein al inglés, los cuales son presentados por su esposo James Strachey a la Sociedad Psicoanalítica Británica. Esto la lleva a radicarse en Londres donde da una serie de conferencias invitada por E. Jones. Retomando a Sánchez-Barranco y Vallejo, sus formulaciones fueron bien recibidas por dicha Sociedad, aunque dentro comenzaron a surgir enfrentamientos generando dos grupos, el de los partidarios de Anna Freud y el de los partidarios de Melanie Klein. El grupo que logra institucionalizarse es el de la escuela kleiniana, manteniéndose fuerte y ocasionando a su vez abandonos de algunos discípulos. En la línea de los debates entre Klein y Anna Freud, Niño (2010) agrega que en 1927 la última expone en la Sociedad de Berlín su técnica de análisis infantil, con la que el enfrentamiento entre ambas posturas queda evidenciado y en mayo de ese año “Jones organiza un simposio sobre análisis infantil entre los miembros de la Sociedad Británica en el cual se exponen los principales temas de la polémica entre el grupo británico y el de Viena” (Niño, 2010, p. 56). En el X Congreso Internacional en Innsbruck, en 1927, se evidenció más el conflicto al presentar Klein “los estadios precoces del conflicto edípico, en donde expuso sus desacuerdos con Freud sobre la ubicación en el tiempo del complejo de Edipo, sus elementos constitutivos, y se refirió al desarrollo psicosexual diferenciado de niños y niñas” (Niño, 2010, p. 56). También en 1927 es reconocida como “Miembro pleno de la Sociedad Británica” (2010, p. 56) transformándose en la primera Psicoanalista europea aceptada en esta sociedad. “En 1932 la Sociedad Británica publica *El Psicoanálisis de niños*, considerada la obra más importante publicada por uno de sus miembros hasta el momento” (Delirante Serial, 2008 en Niño, 2010, p. 56).

Niño (2010) agrega que la obra de Melanie Klein cuenta con alrededor de cincuenta artículos y un libro, *El Psicoanálisis de niños*, y fue traducida en unos quince idiomas, menciona también la correspondencia y su autobiografía inédita.

Para hablar de Anna Freud, psicoanalista de origen vienés, última hija de Sigmund Freud, tomaré lo dicho por Vallejo (2002); Anna Freud comienza a asistir a las reuniones de la Asociación Psicoanalítica de Viena durante la Primera Guerra Mundial y al finalizar la misma comienza a trabajar en el Instituto Baumgarten en Viena para niños judíos. Es psicoanalizada por su padre desde 1918 hasta 1920. El autor señala que este análisis es un hecho que ha generado controversias. En 1921 conoce a Lou Andreas-Salomé con quien mantiene contacto personal y de formación, y además supervisó la conferencia que dió en 1922, *Las fantasías de flagelación y las ensoñaciones*, para ser admitida en la Asociación Psicoanalítica de Viena. Para 1924, junto a Eva Rosenfeld, funda una escuela infantil con

orientación psicoanalítica. En 1925 se crea el Instituto Psicoanalítico de Viena, siendo su directora Helene Deutsch y director adjunto Siegfried Bernfeld, en el que a su vez Anna Freud es la secretaria y junto con Hoffer, Aichhorn y Bernfeld dan un seminario de psicoanálisis infantil. En 1929 junto a Dorothy Burlingham y Eva Rosenfeld armó una escuela infantil impulsada por la valoración de todas ellas en relación al psicoanálisis en la educación de los niños. El autor continúa aportando que por ese entonces daba conferencias formando a quienes trabajaban en las guarderías de los barrios obreros en Viena y relaciona todo lo anterior con la publicación del libro *Introducción al psicoanálisis para educadores*. En 1935 publica su texto más conocido, citado y editado. *El yo y los mecanismos de defensa*, según este autor, producto de las observaciones que realizó la psicoanalista de los hijos adolescentes de Dorothy. En este texto "se da una gran importancia a la función adaptativa de algunas defensas del Yo, sentando las bases de la psicología del ego". (Vallejo, 2002, p. 67).

En 1937 Anna Freud crea la guardería Jackson para niños de menos de 3 años, hijos de obreras judías, en Viena. Se destaca este hecho ya que un año después la guardería fue clausurada por los nazis y ella fue detenida por la Gestapo⁶, debido a esto marcha a Londres en 1938 junto a Sigmund Freud.

Vallejo asegura que las experiencias con niños le sirvieron a la psicoanalista para la creación de una de sus obras fundamentales; *Psicoanálisis del niño*, obra que evidencia las mencionadas diferencias entre Anna Freud y Melanie Klein. De acuerdo con el autor tales diferencias estaban relacionados a los "fenómenos transferenciales y al análisis precoz" (Vallejo, 2002, p. 67). Anna Freud planteaba, a diferencia de Klein, la imposibilidad de un verdadero psicoanálisis en los niños. Argumentando que la inexistencia de "una genuina neurosis de transferencia en los niños pequeños" por estar aún ligados a sus padres, no da lugar al desplazamiento del analista hacia los aspectos de la neurosis primitiva, obligándolo a "comprometerse con el fortalecimiento del inmaduro yo infantil, así como ayudar al establecimiento de un superyó armónico a través de acciones educativas o de apoyo" (2002, p. 67). Otra diferencia que remarca es que Anna Freud no aceptaba tomar la técnica del juego como una equivalencia a la asociación libre.

El autor mencionado plantea que al fallecer Sigmund Freud en 1939, Anna Freud se dispone a continuar con el trabajo de su padre. Aunque ya con el estallido de la Segunda Guerra Mundial la situación se torna complicada y a su vez los conflictos entre annafreudianos y kleinianos de ese entonces comenzaron a acentuarse dentro de la Asociación Psicoanalítica Británica generando las Grandes Controversias entre ambos grupos entre 1941 y 1945, los kleinianos ganan el dominio de la Asociación y rechazan la

⁶ Policía secreta del nazismo.

presencia de Anna “pues pensaban que podía alterar la autonomía alcanzada respecto a los psicoanalistas” (2002, p. 67).

Según Díaz-Soler (2017) esta psicoanalista contribuye en la consolidación del psicoanálisis, dedicando sus esfuerzos también al campo de la educación. Según el autor el psicoanálisis se consolida en el momento histórico en que se da la producción de la infancia, adquiriendo la escuela sentido social y político, y los investigadores de la educación y la pedagogía se interesaron en el psicoanálisis al ser los niños fuente de interés de la teoría.

IV. CAPÍTULO TRES. Fines del siglo XX en adelante, feminismos, género y debate con el psicoanálisis.

En este capítulo retomaré las líneas contextuales y los procesos históricos que guían la construcción de este trabajo. De aquí en adelante me propongo abordar lo que significó la última parte del siglo XX y los inicios del siglo XXI. Para esto regreso a Hobsbawm (1995) quien afirma que el mundo de fines del siglo XX no es comparable con el de principios del mismo, explica que esta diferencia es cualitativa y remarca tres aspectos. Primero; lo define como un mundo que ya no es más eurocéntrico debido al derrumbamiento de Europa como centro de riqueza, poder e inteligencia. Segundo; a las transformaciones en lo económico, técnico, la ciencia, la vida privada y el transporte, que demostraron la incapacidad de las instituciones públicas y privadas y del comportamiento de los individuos en colectivo de adaptarse a la mundialización en proceso. Tercero; lo que el autor denomina como “la ruptura de los vínculos entre las generaciones” (1995, p. 25), que tiene que ver con los fuertes cambios en las pautas sociales con las que se regía una sociedad de principios de siglo que ya no son los mismos en sus finales. Hobsbawm refiere sobre todo a los países más desarrollados en los que se vió una primacía del individualismo tanto en las ideologías oficiales como en la vida privada. Este tipo de sociedad “constituída por un conjunto de individuos egocéntricos completamente desconectados entre sí y que persiguen tan sólo su propia gratificación (ya se le denomine beneficio, placer o de otra forma), estuvo siempre implícita en la teoría de la economía capitalista” (1995, p. 25).

Un dato interesante a tener en cuenta es que Hobsbawm en su libro *Historia del siglo XX* denomina a este como *siglo corto* haciendo referencia a que comienza con la revolución Rusa en 1914 y culmina con la desaparición de la URSS y el final de la Guerra Fría. Han existido discrepancias en relación a esto y en esa línea tomaré los aportes de Ribera (2006) quien sostiene que no puede hablarse de que el siglo terminó con dichos sucesos ya que luego de la Guerra Fría y de la caída de la URSS, el mundo no dió los giros que se esperaban. No pasó a ser un lugar más seguro, no desapareció la carrera armamentística,

no acabaron las guerras ni se pasó a un mundo multipolar. El mundo bipolar de hecho se convierte en un mundo unipolar con EEUU como única superpotencia dominante, imperialista y hegemónica. No triunfó la democracia ni los valores occidentales del mundo. Tampoco cree en la mirada histórica de que la derrota del socialismo derivara en la globalización del mundo, ni que esto solucionara los problemas de desigualdad, hambre, exclusión y falta de empleo. Según este autor, los desastres políticos que sucedieron a lo largo del siglo no trajeron un mundo más calmo ni pacífico sino “un nuevo tipo de desorden, agresión e incertidumbre” (2006, p. 264).

Siguiendo la línea de Ribera, se puede observar como varios autores han determinado el inicio del siglo XXI marcado por el ataque terrorista a las Torres Gemelas en EEUU del 11 de setiembre de 2001. Lo que significó un ataque al poder de la superpotencia estadounidense, y la reacción de EEUU que consideró esto como “un acto de guerra” y comenzó su “guerra mundial contra el terrorismo” (2006, p. 264) mediante las guerras de Afganistán y de Irak. Los atentados terroristas dispersados por el mundo a partir de aquí provocan el fenómeno terrorismo-antiterrorismo que preside la historia y la política de lo que lleva del siglo XXI (Ribera, 2006).

Vargas V. (2005) afirma que en la América Latina de los años noventa el proceso de globalización trae efectos ambivalentes y contradictorios: profundización y aceleración de las políticas neoliberales y “nuevos escenarios de recuperación-transición-construcción democrática en la región” (2005, p. 4). En lo económico, político y sociocultural el proceso de globalización trajo consigo terrenos fértiles para la lucha por los derechos de los ciudadanos, nutriéndose de las dinámicas globales con relación a los movimientos sociales y del espacio abierto por Naciones Unidas que puso en las agendas globales los temas de la democracia y los derechos humanos (Vargas, 2005).

Gargallo (2007) plantea que en este continente ha sido difícil la deconstrucción de la occidentalidad ya que en Latinoamérica las cicatrices del colonialismo son profundas, siendo un continente mayoritariamente católico, regido por un centro económico externo, con una estructura social discriminadora, racista y patriarcal.

Vargas (2005) explica que los feminismos se fueron desarrollando en Latinoamérica en los años setenta y se generalizaron en los ochenta en los países de esta región. Esto se dió a la vez que mujeres de un gran movimiento popular heterogéneo empezaran un proceso de entendimiento y acción frente a su situación de exclusión y subordinación. La autora destaca algunas vertientes dentro de estos movimientos de mujeres que las convirtieron en actoras sociales en la construcción de determinados espacios civiles tanto regionales como globales y que se construyeron a partir de sus intereses, sus identidades y sus propuestas. Por un lado la “feminista propiamente dicha, que inició un acelerado

proceso de cuestionamiento de su ubicación en los arreglos sexuales y sociales, extendiéndolo a una lucha por cambiar las condiciones de exclusión y subordinación de las mujeres en lo público y en lo privado”. por otro; “la vertiente de mujeres urbano populares, que iniciaron su actuación en el espacio público, a través de la politización de sus roles tradicionales, confrontándolos y ampliando sus contenidos hacia el cuestionamiento en lo privado”. Luego, la de “mujeres adscriptas a los espacios más formales y tradicionales de participación política, como los partidos, sindicatos, las que a su vez comenzaron un amplio proceso de cuestionamiento y organización autónoma al interior de estos espacios de legitimidad masculina por excelencia” (Vargas, 2005, p. 2).

Bochar (2016) sostiene que las dictaduras militares en América Latina, en especial en el cono sur crearon un contexto específico entre los años 1970 y 1990, que generó que muchas mujeres se agrupen y luchen por democracia y derechos humanos, dejando en un segundo plano la lucha específica por sus derechos como mujeres.

Vargas (2005) plantea que cerca del final de los ochenta se vivía un nuevo clima con la democracia ocupando los lugares donde antes había dictaduras, junto con los esfuerzos de los estados por alcanzar la modernización. La autora afirma, sin embargo, que en este esfuerzo de modernización los gobiernos pretendieron reconocer e incluir a las mujeres en sus políticas nacionales, aunque sin una real redistribución de poder ni de recursos. En este punto las mujeres no buscaban simplemente esa creencia de igualdad, sino el reconocimiento de la diferencia y la diversidad a través de la lucha social. Las vertientes feministas antes nombradas se fueron multiplicando en muchos otros espacios en los noventa, significando lo que la autora llama “un movimiento 'en transición' hacia nuevas formas de existencia” (2005, p. 5) ya que esta década presenta nuevos escenarios que también inciden en los feminismos y su transformación. Estas variaciones tienen lugar en diferentes espacios, de acuerdo a sus identidades o temas específicos; en interacción con los estados, participación en política u otros movimientos, la academia y lo cultural, “alrededor de los cuales se generan núcleos y movimientos y redes temáticas de carácter regional (salud, derechos humanos, violencia, entre los más desarrollados). Y desplegándose a niveles locales, nacionales, regionales y/o globales” (2005, p. 5).

Retomando a Bochar (2016) quien cita a su vez a Serret (2008), en el contexto de América Latina hay diferentes *feminismos* debido a que hay diferentes formas también de ser mujer, entre otras expresiones: “el feminismo de la igualdad, el radical, el socialista, el feminismo de la diferencia, el ecofeminismo, el liberal”. Los que a su vez surgieron “en coyunturas políticas de vindicación por los derechos de las mujeres, alegando distintas causas de la opresión de las mujeres o inclusive considerando una diferente forma de cambiarla” constando de diferentes bases ideológicas y teóricas, “se podrían considerar tres grandes corrientes: radical, liberal y socialista” (2016, p. 38). De acuerdo con lo anterior

Cucchi (2020) explica que el desarrollo de estas diferentes orientaciones teóricas que decantan en distintas formas de lucha hacen que el feminismo no sea homogéneo ni cerrado. Por tanto es más pertinente hablar de *los feminismos* con el fin de reconocer esta pluralidad.

De acuerdo con Wood (2019) la segunda ola de los feminismos tiene sus inicios en los años sesenta en los Estados Unidos y en Europa de la mano de los movimientos de liberación de las mujeres, a la vez que en América Latina sucedían los movimientos y las luchas en contra de los regímenes dictatoriales “movimientos de liberación de las minorías raciales en diferentes países del mundo, luchas de las llamadas 'minorías sexuales' por el reconocimiento de derechos, procesos de transformación social y cultural, conflictos bélicos, etc”. (2019, p. 884-885).

Esta autora ubica en 1963 el inicio del debate sobre la diferencia sexual, con Robert Stoller quien distingue sexo de género en el 23º Congreso Psicoanalítico Internacional de la IPA en Estocolmo. En todo el mundo comienza a darse la diversificación de *los feminismos*, atravesados por el “feminismo de la igualdad” y el “feminismo de la diferencia” (Gamba, 2008 en Wood, 2019, p. 3). En palabras de Wood, el primero se orientó hacia los cambios en materia de leyes para las mejoras sociales y la igualdad de derechos, y el segundo, se orientó hacia el debate en torno a las condiciones de vida de las mujeres. El feminismo de la diferencia cuestionó “el código invisible de un orden patriarcal que convierte las diferencias en desigualdades” (2019 p. 3). Según la autora, estas feministas discutieron los postulados de Freud y Lacan en torno al deseo, las identificaciones, la sexualidad y la sexualidad femenina abriendo un abanico de nuevas ideas.

Bolla y Martínez (2020) entienden que los vínculos entre psicoanálisis y feminismos se amplifican luego de la Segunda Guerra Mundial en los planteamientos anti-freudianos de Viola Klein en *El carácter femenino* y de Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*. De acuerdo con esta autora y este autor, Beauvoir criticó fuertemente al psicoanálisis, sus denuncias a la teoría freudiana apuntaron a que la sexualidad de las mujeres es planteada como una adaptación del desarrollo libidinal de los hombres, a la no preocupación por el destino de las mujeres, el determinismo y el universalismo que encontraba en la teoría psicoanalítica, junto con la ausencia de cuestionamiento en relación a la institución familia. No obstante plantean también que esta filósofa le adjudicó al psicoanálisis la posibilidad de pensar el cuerpo más allá del existente biológico, en términos más afines a la fenomenología, lo que se vincula con su idea de que las mujeres no están definidas por la naturaleza. Agregan que también toma el psicoanálisis para abordar la emocionalidad, la subordinación de las mujeres y la infancia.

Según ellos, la expresión beauvoriana “no se nace mujer: se llega a serlo” fue utilizada por el feminismo de la época para defender que la anatomía no es destino, concepción contraria al postulado freudiano, señalando “el carácter simplista de sus conocimientos anclados en una biología prescriptiva de la sexualidad femenina” (Bolla y Martínez, 2020, p. 3).

Fernández (2006) parafrasea a Lamas (1996) y Butler (1990) para decir que la categoría de género tiene antecedentes en Simone de Beauvoir quien sin nombrarla la introdujo en *El segundo sexo*, planteando que las características “femeninas” son adquiridas por las mujeres mediante un proceso social e individual y no derivan “naturalmente” de su “sexo” (2006, p. 6). Esta autora plantea que de Beauvoir abrió el campo para interpretar la problemática de la igualdad y brindó un marco para la investigación académica feminista que se desarrollaría posteriormente.

El rechazo al psicoanálisis se profundiza con la publicación de *La mística de la femineidad* de Betty Friedan y continúa iniciada la década de 1970 con *Política sexual* de Kate Millet y *La dialéctica del sexo* de Shulamith Firestone, como algunos ejemplos claves. Bolla y Martínez (2020) señalan que este rechazo no solamente era justificado apelando al falocentrismo freudiano, sino que también denunciaban la misoginia y el sexismo. Estos autores encuentran que Kate Millet concordó con Simone de Beauvoir en el entendido de que Freud racionalizó la familia nuclear subordinando de esa forma el lugar de madres e hijas. Freud significaba, de acuerdo con los autores quienes citan a la misma Millet (1970) “la mayor fuerza contrarrevolucionaria de la ideología que sustenta la política sexual”. Aunque se le haya considerado portavoz de la liberación sexual y responsable de minimizar el puritanismo y las inhibiciones sexuales, esta autora entiende que su obra, la de sus seguidores y divulgadores “racionalizaron la denigrante relación que existía entre los sexos, ratificaron los papeles tradicionales y validaron las diferencias temperamentales” (p. 319).

Bolla y Martínez (2020) añaden que el rechazo a Freud en Gran Bretaña no fue radical, lo que se rechazó fue el biologicismo de la teoría conviviendo con la apropiación de los aspectos socio-antropológicos de la misma con el fin de comprender históricamente la desigualdad entre los sexos. Destacan la figura de Juliet Mitchell⁷ quien, en sus palabras, “leyó la obra de Freud como un diagnóstico de la sociedad patriarcal” (2020, p. 4). El feminismo angloamericano intentó articular marxismo y psicoanálisis pero este no fue el caso del feminismo francés. Las corrientes materialistas de este último, desde un marxismo heterodoxo tendieron a rechazar el psicoanálisis. En palabras de los autores, se puede ver esto en Monique Wittig y Christine Delphy “mientras que Delphy se opuso a los intentos de articular feminismo y psicoanálisis –polemizando en particular con las feministas marxistas

⁷ Se retoman los aportes de esta psicoanalista en el capítulo siguiente.

británicas como Mitchell, Barrett y McIntosh—, Monique Wittig elaboró una crítica del psicoanálisis lacaniano” (2020, p. 5). Explican que Witting desde el materialismo se cuestionó sobre las condiciones de producción del psicoanálisis y la validez de su discurso, considerando al psicoanálisis lacaniano como herramienta de opresión que integra la *ideología straight*; “ideología [straight] se basa en la afirmación arbitraria y jamás demostrada de la existencia de una ‘diferencia sexual’ absoluta e irreductible entre dos y solamente dos sexos que existirían naturalmente” (Falquet, 2017, p. 6. en Bolla y Martínez, 2020, p. 5).

Advierten que estos debates en Francia derivan en la dicotomía que plantea feminismo-psicoanálisis, inclinándose las corrientes materialistas por la primera y otro sector del movimiento por la segunda. Mencionan la creación del grupo *Psychoanalyse et Politique* en torno a Antoinette Fouque. “A diferencia de las materialistas, que cuestionaron la categoría de ‘diferencia sexual’ y bregaron por su abolición, el grupo ‘Psicoanálisis y Política’ (Psychépo) adquirió una fisonomía claramente diferencialista, donde ‘lo femenino’ constituyó un sitio de reivindicación”. (Bolla y Martínez, 2020, p. 5). Las teóricas de Psychépo se distanciaron del feminismo por entender que el “igualitarismo” feminista rebosaba una fundamental diferencia entre sexos. (Collin, 2017, en Bolla y Martínez, 2020).

Tubert (1995) explica que a partir del crecimiento de los movimientos feministas en los años 70 fueron estimuladas las teorías psicoanalíticas feministas europeas y norteamericanas. Ello se debió a determinados factores como la modificación de la imagen de la feminidad, el incremento de la participación de mujeres en la cultura y su cambio en la sociedad. Se desarrollaron diversas formas de explicar e interpretar la condición de las mujeres y la sexualidad femenina, y el esfuerzo teórico de los movimientos feministas que trajo una gran producción intelectual, primero a través de los Estudios de la Mujer y posteriormente de los Estudios de Género.

Según Lamas (1996) el feminismo inglés de los 70 impulsa el término *gender* (género) en el ámbito académico para diferenciar lo social y cultural de lo biológico y para evidenciar que las características “femeninas” y “masculinas” se adquieren mediante un proceso individual y social y no derivan “‘naturalmente’ de su sexo”. (p. 327). De acuerdo con Bellucci (1992) estos estudios académicos se iniciaron en los países de alta industrialización y luego se extendieron al resto de manera expansiva. “La expresión ‘Women’s Studies’ identifica a esta nueva empresa intelectual dispuesta a democratizar aquellos espacios productores de conocimiento, en donde las mujeres no se sienten representadas por estar excluidas como sujetos y objetos de estudio” (1992, p. 27). El desarrollo de los movimientos feministas que traía militantes con experiencia en otros movimientos de lucha social permiten la amplificación de los reclamos, generando gran actividad en relación a la organización y movilización. Entiende además que este impacto

sumado a una producción académica sistematizada fueron necesarios para que se diera "el desarrollo de cursos sobre la mujer en el ámbito universitario". (1992, p. 28). Afirma que a partir de los resultados de las experiencias y los conocimientos obtenidos en los Estudios de la Mujer es que surgen los Estudios de Género, con una perspectiva más abarcadora e incluyente. Varela (2019) por su parte dice que el feminismo aceptó la terminología científica de la diferenciación sexo/género debido a que brindaba una posibilidad de continuar indagando en la influencia de la educación y la cultura sobre la sexualidad adjudicada a las mujeres, y también de emancipación sobre el naturalismo.

Fernández (2006) parafrasea a De Barbieri (1996) para señalar que la *perspectiva de género* toma acepciones diferentes dentro de las vertientes feministas y también al expandirse más allá, generando algunas problemáticas. Dentro del movimiento de mujeres se utiliza erróneamente como sinónimo de feminismo, se dice *perspectiva de género* cuando se refiere a *perspectiva de las mujeres*. Scott (1996) para explicar que estas acepciones dan un uso indiscriminado a la categoría de género y que además es impreciso, utilizando género como sinónimo de mujeres y en palabras de Castellano (2004), afirma que ambas categorías son importantes. Fernández (2006) expresa que la categoría de género evidencia las estructuras de poder en el binarismo mujer-hombre y la categoría mujeres evidencia formas específicas en relación a las mismas.

De acuerdo con Wood (2019) el análisis se va profundizando con los desarrollos teóricos del postmodernismo⁸ a finales de la década de los 80, lo que configura el inicio de la tercera ola de los feminismos, cuyos fines son los de romper con el modelo único de mujer considerando los condicionamientos y diferencias relacionados a lo social, la raza, la clase, entre otros, profundizando en las micropolíticas. Se critica el "sujeto universal" y el genérico "la mujer". (2019, p. 3). Bochar (2016) por su parte expresa que la tercera ola se posiciona desde la década de 1990 en adelante, con base en Serret (2008), afirma que la lucha estuvo dada hacia las políticas de género, por vindicar los derechos sexuales y reproductivos, el derecho a maternar voluntariamente, el acceso libre a preservativos y el derecho al aborto. Herramientas de distintas disciplinas se utilizaron para observar el privilegio masculino y se evidenciaron las diferencias sexo/género con el fin de la desnaturalización de la desigualdad. La autora ubica en esta misma década la introducción de la perspectiva de género en estudios sociales abriendo el debate sobre el androcentrismo del acceso al conocimiento, los resultados sexistas y por ende una necesidad de mayor igualdad. Afirma que la misma, partiendo de los estudios feministas, es una forma de hacer

⁸ Jean-Francois Lyotard explica la Condición postmoderna de nuestra cultura como una emancipación de la razón y de la libertad de la influencia ejercida por los "grandes relatos", los cuales, siendo totalitarios, resultaban nocivos para el ser humano porque buscaban una homogeneización que elimina toda diversidad y pluralidad. (Vásquez Rocca, 2011, p. 4).

ciencia que incide en la elección de temas, metodologías e interpretación de los datos que se obtienen.

Según Wood (2019), en este contexto “se problematizan y repiensen los conceptos de sexo, género y sexuación” (p. 895). Cuestionando el binarismo del sexo y del género a partir de los aportes de la teoría queer en diálogo con las teorías feministas. Gutiérrez (2005) explica que surge en los noventa una generación proveniente de movimientos identitarios que redefine la lucha y el sujeto político *feminista* y *homosexual*, “esta ruptura tomó inicialmente la forma de un retorno crítico sobre el feminismo, realizado por las lesbianas y las post-feministas americanas, apoyándose en Foucault, Derrida y Deleuze” se puede observar aquí “la crítica radical del sujeto unitario del feminismo, colonial, blanco, emanado de la clase media-alta y desexualizado”. (p. 158). Según la autora lo queer no se relaciona con un “tercer sexo” ni con un “más allá de los géneros” sino con apropiarse de las disciplinas que imponen saberes/poderes sobre los sexos, rearticulando y reconversionando las tecnologías sexopolíticas que producen cuerpos “normales” y “desviados”, dando lugar a “una multiplicidad de cuerpos que se alzan contra los regímenes que les construyen como 'normales' o 'anormales’” (Gutiérrez, 2005, p. 157). Señala que las multitudes denominadas queer no son post-feministas porque pretenden prescindir del feminismo, sino que proponen una forma reflexiva de pensar las diferencias.

En palabras de Suzzi (2016) Butler da una propuesta nueva para pensar el sexo, diferente de las posturas previas en el feminismo angloamericano. Esta autora en su Prefacio de 1999 a su libro *El género en disputa El feminismo y la subversión de la identidad*, publicado por primera vez en 1990, explica que su obra posterior a esta se dedica a revisar la teoría de la performatividad que allí aparece. Fundamenta que el planteo del género como performativo pretendía evidenciar que lo considerado como esencia interna en cuanto al género se construye mediante “un conjunto sostenido de actos, postulados por medio de la estilización del cuerpo basada en el género”, demostrando que lo tomado como rasgo interno propio es una anticipación que “producimos a través de ciertos actos corporales, en un extremo, un efecto alucinatorio de gestos naturalizados” (Butler, 1999, p. 17). La autora dice que su pensamiento tiene base en el feminismo francés, rechazando a su vez el heterosexismo de la parte fundamentalista de la diferencia sexual. También en las ideas del post-estructuralismo francés y el psicoanálisis, reconoce las influencias y/o menciones a Lévi-Strauss, Foucault, Lacan, Kristeva, a la ficción de Monique Wittig a la obra de Gayle Rubin sobre género, sexualidad y parentesco, a los estudios acerca de travestismo de Esther Newton y a las perspectivas lésbica y gay de humanidades. Butler (1999) critica un supuesto heterosexual dominante dentro de la teoría feminista, intentando rebatir la presuposición de los límites y la corrección del género limitando su significado a lo aceptado en cuanto a femineidad y masculinidad. Afirma que el feminismo tiene que intentar

no idealizar expresiones de género que dan lugar a formas jerárquicas y de exclusión. Para ella la estabilidad del género como una categoría de análisis es cuestionada por las prácticas sexuales no normativas y se pregunta: “¿Cómo ciertas prácticas sexuales exigen la pregunta, qué es una mujer, qué es un hombre” y si “¿hay una crisis de género que sea específica de los contextos queer?” (1999, p. 12). Explica que esto no es una afirmación de que ciertos géneros son resultado de ciertas prácticas sexuales sino que “en condiciones de heterosexualidad normativa, vigilar el género ocasionalmente se utiliza como una forma de afirmar la heterosexualidad” planteando que “lo que crea y consolida el género no es la normatividad heterosexual, sino que es la jerarquía del género la que se esconde detrás de las relaciones heterosexuales”. (1999, p. 13-14). La autora sostiene que su empeño en *desnaturalizar* el género persigue el deseo de oponerse a la violencia normativa de los ideales del sexo y a los supuestos dominantes de heterosexualidad natural.

Preciado (2020) por su parte, en su prólogo a una nueva edición de *Manifiesto contrasexual*, publicado por primera vez en 2002, dice que su intención en este libro iba dirigida a que, lo enunciado por Judith Butler en cuanto a la performatividad del lenguaje de género y por Donna Haraway sobre la tecnopolítica de los monstruos, se extendiera a la sexualidad. Menciona que mediante la utilización del dildo intenta;

perturbar las tres narrativas modernas del capitalismo patriarcocolonial: el marxismo, el psicoanálisis y el darwinismo. Frente a Marx, la contrasexualidad sitúa la reproducción en el centro de la economía política; frente a Freud, pretende descolonizar y rehabilitar el «fetiche», como la tecnología cultural que permite la fabricación de cualquier cuerpo como cuerpo sexual soberano; frente a Darwin, cuestiona el binarismo sexual y la división animal/humano como algo compartido a lo largo de toda la rama así llamada «mamífera» de la evolución (2020, p. 23).

Según Bochar (2016) Preciado toma a Butler para cuestionar el concepto de violencia de género, proponiendo que el género en sí mismo es violento excluyendo otras posibilidades de identificación por fuera del binomio masculino-femenino. Plantea la contrasexualidad como una teoría del cuerpo por fuera de los binomios "hombre/mujer, masculino/femenino, heterosexualidad/homosexualidad" (p. 43) . En su entendido la sexualidad es una tecnología en la que los elementos que componen el sistema sexo/género "' hombre' , ' mujer' , ' homosexual' , ' heterosexual' , ' transexual'" son "máquinas, productos, instrumentos, aparatos, trucos, prótesis, redes, aplicaciones, programas, conexiones, flujos de energía y de información, interrupciones e interruptores, llaves, leyes de circulación, fronteras, constreñimientos, diseños, lógicas, equipos, formatos, accidentes, detritos, mecanismos, usos, desvíos" (Preciado, 2002. p. 19, en Bochar, 2016, p. 43). Para Preciado somos producto de *tecnologías de poder* que producen un cuerpo sexuado dentro de la norma heterosexual, siendo de esta manera postoperatorios y no preoperatorios como

plantea el modelo biologicista. Especifica además que el término *tecnologías de poder* lo toma de Foucault en *Historia de la sexualidad*. Para esta autora Preciado no habla de un *dispositivo de género*, pero ella considera que el concepto del autor aplica para pensar cada época en esos términos antecediendo al *dispositivo sexual*. La importancia de esto para el psicoanálisis tiene que ver con la crítica al "estatuto heterosexual como el modelo en el que se inspiró la teoría psicoanalítica y el complejo de Edipo, tanto freudiano como lacaniano" (2016, p. 46).

La cuarta ola de los feminismos, retomando a Varela (2019) en su *Feminismo 4.0 La cuarta ola*, se da culminando el siglo XX, luego del debate interno *feminismo-postfeminismo* que surge a mediados de los años ochenta, logrando salir de allí con gran potencia.

Según la autora es en el contexto social del siglo XXI en el que se dan una serie de diferentes manifestaciones producto de la crisis financiera de 2008 que se convirtió también en crisis económica y política. A partir del 2010 las mujeres estaban presentes en las calles y las plazas. "El feminismo estaba en el corazón de todas las protestas y dispuesto a luchar, como siempre había hecho, pero esta vez éramos muchas más y, como había anunciado bell hooks, estábamos preparadas" (p. 133-134), se ve presente en estos espacios de lucha y a su vez se van desarrollando sus primeras campañas y movilizaciones. Así, en 2011, en febrero las italianas se movilizaron masivamente al grito de «Se non ora quando?». (p. 140).

Varela señala que el 8 de marzo del 2018 fue el punto de inflexión para el surgimiento de la cuarta ola por ser la primer huelga feminista global, que fue posible debido a el acumulado teórico y político del movimiento que mostró ser reivindicativo, exigente, con fortaleza y determinación. Destaca algunos antecedentes relevantes para este suceso; el 24 de octubre de 1975 en Islandia el 90 % de las mujeres participaron de una huelga a favor de la igualdad que duró todo un día, en octubre de 2016 en Polonia más de cien mil mujeres organizaron paros en sus trabajos y manifestaciones reivindicando los derechos sexuales y reproductivos, en la misma fecha en Argentina las mujeres hacían una huelga por el asesinato de Lucía Pérez al grito de «ni una menos» (2019, p. 144). En el 2017 el Paro Internacional de Mujeres el 8 de marzo, donde en más de cincuenta países hubo paros parciales, lo que la autora denomina el «ensayo general» afirmando que fue "el germen del 8 de marzo de 2018" (p. 145). Parafrasea a Nancy Fraser (2019) para argumentar que las acciones en los ámbitos nacionales se convirtieron en algo transnacional, dando nuevo sentido político al *Día Internacional de las Mujeres* "reavivando las prácticamente olvidadas raíces históricas de ese día en el feminismo socialista y la clase trabajadora", evocando un espíritu de militancia "las huelgas feministas de hoy están proclamando nuestras raíces en las luchas históricas por los derechos de los trabajadores y la justicia social", uniendo a las mujeres más allá de las fronteras, y "rompiendo el aislamiento de las paredes domésticas y

simbólicas, las huelgas demuestran el enorme potencial político del poder de las mujeres: el poder de aquellas cuyo trabajo remunerado o no remunerado sostiene el mundo”. (Varela, 2019, p. 145).

V. CAPÍTULO CUATRO. Psicoanálisis de fines del siglo XX en adelante por mujeres psicoanalistas que integran feminismos y género.

Creo relevante comenzar este capítulo pensando lo dicho por Wood (2019) quien se apoya en Laufer (2018) para cuestionar la posibilidad de una teoría y práctica psicoanalítica que reconsidere y renueve el discurso sobre “lo sexual, la sexualidad y la identidad sexuada” (2019, p. 896). Sobre si la práctica puede incluir esto sin perder su especificidad o desviarse en otros discursos. Tomo estos cuestionamientos con la intención de adentrarme en el conocimiento de mujeres psicoanalistas que en la última parte del siglo XX y los inicios de este siglo han pensado en estas claves.

En esta línea hago referencia al surgimiento de los Estudios de Género de la década de los 80, los que de acuerdo con Allegue y Carril (2000) nacieron de las corrientes feministas y desde las ciencias sociales siendo confluentes de varias disciplinas. Las autoras recuerdan que la categoría de género es relacional, permitiendo que se analicen las relaciones entre los géneros y sus circulaciones de poder, visualizando la construcción histórica y cultural de lo femenino y lo masculino. Los géneros son un producto cultural, constituyendo una categoría que es válida tanto para el análisis social como para el estudio de la subjetividad en la psicología, y su entrecruzamiento con el psicoanálisis posibilita una mirada compleja para la comprensión de la subjetividad. Ellas afirman que esto sirvió a psicoanalistas con cierta apertura hacia nuevos conocimientos para identificar la necesidad de incluir las investigaciones en la teoría y en la práctica, integrando aportes de otras ciencias sin perder especificidad.

De acuerdo con Wood (2019) en el campo psicoanalítico se pueden encontrar autoras/es con más o con menos disposición para revisar los conceptos, tanto los de género como los problemas que acarrea en los otros campos del conocimiento. Parafrasea a Laufer (2018) para afirmar que “tanto Freud como Lacan se han preocupado por dejar el campo abierto a la inventiva y la 'reinvención' del psicoanálisis” (p. 896).

La autora identifica entonces dos posiciones epistemológicas en la actualidad; la de “quienes asumen un psicoanálisis replegado sobre sí mismo y sus conceptos”, y por el otro, “quienes tienen una posición crítica sobre la propia base teórica, y de mayor apertura frente a discursos y problemáticas con las que el psicoanálisis dialoga y se encuentra en la clínica”

(2019, p. 896). La misma autora adhiere a lo planteado por Tajer (1997) afirmando que los estudios de género ofrecieron como gran aporte a las/os psicoanalistas el hecho de “convocarlas/os a dar cuenta de la construcción socio-histórica de sus supuestos y de la necesidad de poder entender socio-históricamente la construcción de la subjetividad” (2019, p. 896).

El feminismo resonó dentro del psicoanálisis, surgiendo así críticas y revisiones teóricas, que a su vez “psicoanalistas mujeres se encargaron de señalar y poner en el tapete de la discusión” (Bochar, 2016, p. 53). Por su parte, Tajer (2020) afirma que Juliet Mitchell con su libro *Psicoanálisis y feminismo* en 1982 fue clave para destrabar la tensa relación entre los campos, afirmando que “el psicoanálisis podía utilizarse como dispositivo de análisis de la producción de padecimiento subjetivo en la sociedad patriarcal y no solo como reproductor de la misma” (2020, p.71).

Brossa (2022) toma los aportes de Fernández (2009) para mencionar dos corrientes en el campo relacionado al feminismo académico y el psicoanálisis; una que relaciona feminismo de la igualdad con la corriente anglosajona de las relaciones objetales, nombrando como referentes a Nancy Chodorow, Jane Flax, Juliet Mitchell y Jessica Benjamin, y otra que relaciona feminismo de la diferencia con la corriente francesa estructuralista destacando a Luce Yrigaray y Frida Saal.

El debate del psicoanálisis feminista actualmente se da en relación a tres corrientes agregando a las anteriores la corriente de las psicoanalistas feministas rioplatenses con representantes como Emilce Dio Bleichmar, Ana María Fernández, Mabel Burin, Elina Carril, Doris Hajer y Rosario Allegue. (Bochar, 2016).

A continuación expondré brevemente algunos de los aportes de estas psicoanalistas y los de algunas otras, también rioplatenses; Débora Tajer, Irene Meler, Irene Fridman y Sofía Rutenberg, con quienes me he encontrado en esta búsqueda y cuyos aportes entiendo relevantes.

Juliet Michell: una de las precursoras en relacionar psicoanálisis y feminismos, es identificada por Tubert (1995) como la primera en intentar utilizar la teoría psicoanalítica como herramienta para comprender la subordinación de las mujeres. Fue una feminista socialista de origen inglés que se formó en psicoanálisis con un bagaje militante previo, integrando en su trabajo el psicoanálisis freudiano y lacaniano, “trabajando dentro de un marco ideológico marxista althusseriano referido, sobre todo, a la concepción de la ideología y de la revolución cultural” (Tubert, 1995, p. 26). Gutiérrez (2005) afirma que los planteamientos hechos por Mitchell abrieron vías de análisis, y, en esta línea, Tubert (1995) explica que su formulación acerca del “inconsciente como el espacio en el que la sociedad patriarcal reprime la feminidad” (p. 26). Dió lugar a que las feministas puedan comprender la

forma en que las mujeres pueden internalizar y reproducir subjetivamente los mecanismos opresivos y de subordinación. La autora agrega que el inconsciente planteado por esta psicoanalista “está estructurado en términos del sistema patriarcal de parentesco, y la represión de lo femenino tiene un eco en la complacencia de las mujeres, profundamente arraigada, con la ideología patriarcal” (Tubert, 1995, p. 26.). En los postulados de Mitchell, la sociedad es identificada como dominada por la *ley del padre* y, por ende, tanto hombres como mujeres reprimen lo femenino, por lo que es el inconsciente el lugar de la feminidad reprimida. Considera a su vez que la diferencia de los sexos resulta del pasaje por el complejo de Edipo, que se organiza de acuerdo a la presencia-ausencia del falo, determinando la inclusión o exclusión del orden simbólico. Por su parte, Ferguson (2003) afirma que Mitchell busca entender la forma en que el poder simbólico de la *ley del padre* “organiza la posición de enunciación de los sujetos humanos en el marco del lenguaje” (p. 165) actuando en la construcción del género.

Tajer (2020) entiende que Juliet Mitchell fundó la línea de debates contemporáneos en relación a las corrientes; anglosajona del psicoanálisis y género, la francesa de la diferencia sexual, y la que ella denomina la corriente argentina, que integra de ambas además de hacer su desarrollo propio.

Una de las escuelas de feminismo psicoanalítico contemporáneo es la basada en las relaciones objetales, la cual tiene según Ferguson (2003), sus raíces en Karen Horney y Melanie Klein, asegurando que estas dos psicoanalistas fueron;

profeministas que modificaron las teorías de Freud del desarrollo del yo y la construcción de la masculinidad y la feminidad, a la vez que mantenían la importancia de los impulsos libidinales y la idea del desarrollo de la personalidad humana a través de diversas fases de formación del self y del deseo (2003, p. 171).

Ferguson afirma que dichas autoras señalan como etapa clave en la formación del género la fase infantil pre-edípica, partiendo de sus ideas teóricas como Fairbairn y Winnicott “crearon la escuela freudiana de las relaciones objetales” (2003, p. 172), sirviendo para el desarrollo de esta escuela de pensamiento que, en palabras de Bochar (2016), defiende el análisis explícitamente del desarrollo psicológico de las mujeres, destacando, como se decía previamente, la relevancia de la fase pre-edípica en el mismo. Identifica que esta corriente se relaciona con los feminismos en los años setenta en que la insistencia estaba puesta en visualizar el patriarcado como causante de la opresión femenina. La autora nombra como representantes de esta corriente también a Nancy Chodorow y Jessica Benjamin “quienes analizan las relaciones objetales desde un punto de vista intersubjetivo y consideran a la madre como principal figura socializadora para las funciones de género y al psiquismo como producto de las relaciones” (2016, p. 53). Estas psicoanalistas “intentaron

mostrar la importancia en la alternancia de los papeles de ambos padres en la educación del niño y que no toda la responsabilidad del cuidado y la salud del hijo deberían recaer en la madre” (2016 , p. 54-55).

Dentro de esta corriente, según Tubert (1995), sostienen que la causa fundamental de la opresión y del malestar sexual en las mujeres es la institución de la maternidad, entendiendo que el género “es para ellas una polaridad perniciosa que niega a ambos sexos una humanidad plena. La familia nuclear es la que crea las identidades de género que perpetúan el patriarcado y la subordinación de las mujeres”. (1995, p. 29). A su vez, teorizaron sobre las diferentes masculinidades teniendo en cuenta las diferencias de clase, de raza y de etnia, generando “estudios sobre la personalidad e identidades masculinas desde teorías masculinas pro-feministas (Ferguson, 2003, p. 172). Ferguson agrega igualmente que muchas feministas han criticado esta corriente debido a que creen demasiado insistente la introducción de “cambios en la crianza de los hijos e hijas en el marco de la familia nuclear heterosexual como la clave para la transformación de la construcción patriarcal del género”, alegando que ignoran la relevancia de vínculos entre mujeres fuera de la familia “como una práctica política feminista” (2003, p. 173) y también que esto deja implícito que “las familias donde la crianza corre a cargo de personas del mismo sexo no podrán crear niños y niñas feministas, y potenciar así a las mujeres” (Tong, 2000 en Ferguson, 2003, p, 173).

Bochar (2016) afirma que la insistencia de estas psicoanalistas radica en comprender el hecho de que la familia responde a una estructura social, el patriarcado, como sistema de regulación de las relaciones que pone a las mujeres bajo el dominio de los hombres.

Nancy Chodorow, de origen estadounidense, socióloga, psicoanalista y feminista, según Bochar (2016) plantea que "lo central en la formación del género está en poner el énfasis en lo sociocultural y en los procesos de crianza de varones y niñas", afirmando que "se educa para ser hombre o mujer desde la división sexual del trabajo" (2006, p. 53), siendo las mujeres educadas para cuidar y materner. En esta línea Costantino y Amiconi (2015) explican que Chodorow analiza la reproducción de tareas de crianza generacionalmente y las formas en que las mujeres ejercen la maternidad, con el objetivo de que una transformación en estas lógicas pueda ser un inicio de transformación en la división sexual del trabajo. Para esto analiza teorías biologicistas y feministas, articulando a su vez una perspectiva sociológica con el psicoanálisis. Chodorow, al igual que Winnicott, piensa las relaciones tempranas desde lo social e interpersonal además de lo fisiológico o de lo psicológico individual, instalándose prácticas en lo familiar que crean capacidades

relacionales y necesidades diferentes para mujeres y varones, de aquí que en el proceso de constitución psíquica de las mujeres se instale la maternidad.

Para estos autores, Chodorow trata de dar cuenta de la manera diferenciada del vínculo con la madre en niñas y niños, sosteniendo que el período infantil y la resolución del *complejo de Edipo* “implican distintas reacciones, necesidades y experiencias psicológicas que coartan o suprimen las posibilidades relacionales de lo parental en los niños y las mantienen abiertas y disponibles en las niñas” (2015 p. 87), pareciendo ser más intenso y duradero el apego en las niñas que en los niños y la salida del *complejo de Edipo* más abrupta en los últimos. Explican que para Chodorow las mujeres pretenden volver a sentirse amadas, completando la relación de la madre con el niño/niña ese *triángulo relacional* “al mismo tiempo que recrea la relación simbiótica exclusiva de la propia infancia, relación que todo aquel que ha sido maternizado intenta recrear” de acuerdo con lo anterior, para la autora, “es posible afirmar, entonces, que las mujeres desarrollan su capacidad para el ejercicio maternal a partir de su posición relacional, duración de la relación preedípica y la falta de represión de sus relaciones edípicas” (2015 p. 87). Es a partir de estas dinámicas psicológicas y roles sociales que el ejercicio de la maternidad se da a su vez recreando la base de la situación de las mujeres en la sociedad y en lo doméstico, lo que perpetúa la división sexual del trabajo y a nivel psíquico el dominio masculino, explican.

Jessica Benjamin, otra referente de esta corriente, psicoanalista de origen estadounidense, analiza, de acuerdo con Costantino y Amiconi (2015) la dominación en términos de problema psicológico. “Referirse a la dominación como la extensión de los lazos de amor es el paso inicial que Benjamin pone en marcha para analizar ese inter juego entre el Amor y la Dominación” (p. 88). Hacen alusión a la crítica de Benjamín a los postulados freudianos, discutiendo el papel de la mujer como “premio o tercer vértice de aquel complejo nudo de relaciones que conocemos como tríada edípica” (p. 88). Explican que toma la reinterpretación y la crítica feminista al psicoanálisis y a la vez hace consideraciones sobre la dominación “a partir de pensar el pasaje de la inevitabilidad psicológica de la dominación al resultado de un proceso complejo del desarrollo psíquico” (p. 88), plantea que contamos con supuestos que configuran una estructura psíquica de origen vincular que es escenario de un partenaire que representa al Sujeto y uno que representa al Objeto. Para esta psicoanalista dicha estructura “constituye la premisa universal de la dominación y analizar el despliegue de esta estructura es su mayor propósito” (p. 88).

Bochar (2016) añade que Benjamín toma los aportes de Chodorow y parte de la interrogante planteada antes por Freud sobre qué quiere la mujer para elaborar sus reflexiones, afirmando que “la mujer quiere un deseo propio” (p. 54), llegando a esta

afirmación a partir de analizar la relación entre maternidad y espacio intersubjetivo no centrando la organización psíquica en el falo.

En cuanto al género en Benjamín, la autora antes citada plantea que lo entiende como constituido social y culturalmente y previo a la diferencia sexual, construido de forma consciente e inconsciente lo masculino/femenino a través del patriarcado, planteando que la envidia es hacia los privilegios de los hombres y no al pene.

Benjamín propone “romper la dicotomía genérica masculino-femenino para afianzar la de las identificaciones múltiples” (Dobles, 2003, en Bochar, 2016, p. 55) ya que en su entendido las identificaciones suceden en la sociedad y no solamente en el triángulo familiar. Propone la posibilidad de identificación a partir de otros modelos, en palabras de Bochar.

Jane Flax es presentada por Meler, I. (2020) como filósofa, epistemóloga, cientista política, terapeuta y feminista, también estadounidense, perteneciente al psicoanálisis anglosajón intersubjetivo. En cuanto a su obra propone que esta psicoanalista la dedicó a los diálogos “entre psicoanálisis, feminismo y postmodernismo, sobre la base de exponer y, a la vez, hacer objeto de un análisis crítico, a los desarrollos psicoanalíticos freudianos, winnicottianos y lacanianos, a las diversas corrientes del pensamiento feminista y a los filósofos postmodernos” (2020, p. 5). En esta misma línea Tubert (1995) explica que Flax intenta introducir “un tercer diálogo entre feminismo y psicoanálisis que permita acabar con las acusaciones especulares y fertilice la convergencia” (p. 9), para esto en su libro *Psicoanálisis y Feminismo, Pensamientos fragmentarios* de 1995 introduce el postmodernismo en la relación, “que no constituye un cuerpo sistemático de la teoría sino una multiplicidad de investigaciones, propuestas y conceptualizaciones, fundamentalmente de carácter crítico” (Tubert, 1995, p. 9), con el fin de que este tercero permita la apertura de los otros campos para visualizar la relación productiva entre ambos. La obra de Flax, publicada en 1990 en EEUU, presenta interés “tanto en las áreas fronterizas entre diversas disciplinas como en el desmantelamiento de las antinomias y la búsqueda de nuevas articulaciones entre los términos en juego” (1995, p 41). Tubert además añade que lo interesante de la obra de Jane Flax es que une la experiencia clínica con la formación teórica.

En cuanto al género en Flax, Gutierrez (2005) dice que ella sugiere plantearlo en tres dimensiones, como “relación social”, como “categoría de pensamiento” y como “un elemento constitutivo central en el sentido del Yo” (Flax, 1995, en Gutierrez, 2005, p. 140-141).

La corriente del feminismo de la diferencia, francesa o estructuralista de acuerdo con Fernández, o según Bochar de las feministas italianas se aparta de la concepción del

psicoanálisis identificatoria, entendiendo que la diferencia sexual es constitutiva. “Manifiesta que la mujer no es por lo que no es, ni por comparación con lo mismo (lo masculino) sino por su diferencia reafirmada.” (Bochar, 2016, p. 56).

Esta autora, al igual que Fernández, identifica en esta corriente a la psicoanalista Luce Irigaray, y tanto Fernández como Tajer mencionan también Frida Saal como representante de la misma. Bochar (2016) parafraseando a Mirizio (2010) explica que las mujeres de esta corriente consideran androcéntrica la lectura freudiana, ya que surge de la comparación con el varón y a su vez critica al feminismo de la igualdad por no favorecer a las mujeres. Entienden que para comprender el deseo de las mismas se necesita un cambio paradigmático que abandone dicha comparación. La autora explica que las psicoanalistas de esta corriente de pensamiento discuten los conceptos de *envidia del pene* y el de *castración*, afirmando que las mujeres no están castradas, son diferentes y deben pensarse de ese modo y afirman también que la lógica de la castración es androcéntrica. Ferguson (2003) habla del vínculo establecido con la teoría lacaniana, explicando que el rechazo tiene que ver con sus aportes sobre la feminidad como eso que no puede ser expresado de forma consciente en cuanto que los deseos y las identificaciones maternas quedan en el inconsciente. Esto mismo es lo que lleva a Cixous, Kristeva⁹ e Irigaray a rechazar este aspecto. Dicen sobre Lacan y el misterio de la feminidad que es representativo del miedo masculino inconsciente a las mujeres, simbolizando la castración y la pérdida de poder simbólico del falo, entienden que esto representa a la feminidad como identidad menospreciada por los hombres, como carencia encubierta por la masculinidad como mascarada (Ferguson, 2003).

En la misma línea, centra el objetivo de las mismas en “rescatar la relación erótica entre madre e hija, y la diferencia positiva que pueden constituir la feminidad y las relaciones femeninas” y esto se realiza mediante “una escritura femenina que permita la expresión del inconsciente femenino como una diferencia positiva y revalorizada con respecto a lo masculino, en vez de como mera carencia de lo masculino/del falo” (2003, p. 169).

Ellas insisten, según esta autora, en una teoría del género de dos sexos, ambos sexos contando para la construcción del género, de tal manera que la feminidad no es la negación o ausencia de masculinidad, tiene características distintas y positivas, "sino que engloba características diferentes y positivas que los enfoques masculinos dominantes han ocultado" (2003, p. 169). La autora plantea que en esta corriente europea de la diferencia sexual se encuentran las nombradas feministas francesas y también las italianas del Colectivo Librería de Mujeres de Milán con referentes como Luisa Muraro y Alessandra

⁹ Ambas psicoanalistas feministas que adhieren a la corriente psicoanalítica del feminismo de la diferencia, sobre las cuales no realizo un desarrollo en este trabajo debido simplemente a una limitación en cuanto a las dimensiones del mismo.

Bocchetti, quienes mantienen algunos de los principios del psicoanálisis apartándose del planteo lacaniano.

Luce Irigaray francesa, lingüista, filósofa, psicoanalista y feminista, denuncia, de acuerdo con Cardenal (2012) la lógica falocéntrica de las sociedades contemporáneas a su época lo que genera la subordinación, además estratégica, de las mujeres. Irigaray entiende que la representación de lo femenino en términos de inconsistente, disperso y carente, consolida la idea de las mujeres como complementarias a los hombres, reforzando la idea que asocia al falo con el valor. La autora expresa que esta psicoanalista propone “des-anclar el falocratismo del lenguaje para dar paso a una sexuación radical del discurso” (2012, p. 358).

Retomando los aportes de Bochar (2016) Irigaray habla de un erotismo diferente en la mujer, argumentando que el goce en la misma está relacionado más con ver que con tocar, y que “la entrada en el mundo del goce escópico obedece a una mirada masculina del erotismo que la coloca como pasiva” (p. 57). La autora parafrasea a la misma Irigaray para enunciar su crítica a Freud en relación a la función de la sexualidad puesta principalmente en la reproducción, explica que lo ejemplifica desde la premisa freudiana del deseo de tener un hijo del padre sustituye el deseo de tener un pene y desde la premisa de que la mujer alcanza la felicidad a través del casamiento y la maternidad. A su vez, siguiendo con el planteo de Bochar (2016), Irigaray cuestiona “el pasaje del goce clítoris a la vagina y la denominación de viril a una mujer que no abandona su goce clitoridiano; esta corriente defiende la pluralidad de las zonas erógenas en la sexualidad femenina”. (p. 57). En relación a esto, el planteo de Irigaray de la auto-afectación, como explica Cardenal (2012), tiene que ver con la forma en que se da el deseo femenino de autoerotismo y homosexualidad en el sentido de que “la mujer se toca a sí misma sin necesidad de mediación, pues su sexo está formado por dos labios en contacto continuo” (p. 359), habla de una sexualidad que sin ser fragmentada o escindida es plural.

Según Bochar (2016) Irigaray critica el modelo masculino del psicoanálisis para la homosexualidad, interpelando el destino biológico de las diferencias entre los sexos, para de esta manera analizar las marcas en lo económico y político que esto ha dejado en las mujeres de occidente, y menciona la interrogante que se plantea en cuanto a “¿qué sentido podría tener el complejo de Edipo en un sistema simbólico distinto del patriarcal?” (p. 57).

Frida Saal, según Espina (2001) fue una psicoanalista argentina, radicada en México. Aporta sobre Saal que refiriéndose a la obra de Freud *El malestar en la cultura* sostuvo que de la incuestionable diferencia sexual y anatómica entre los sexos no puede derivar la diferenciación social y política de los géneros. Saal (2005) afirma que “la

diferencia de los sexos ocupa un lugar central aunque no siempre reconocido y valorado entre las causas del malestar en la cultura” y a su vez “el malestar que genera la diferencia sexual tiene mucho que ver con la producción misma de la cultura (p. 139).

Espina explica que Saal hace una revisión de las conclusiones freudianas sobre el *complejo de castración* en mujeres y a su vez la revisión que hicieron de eso psicoanalistas contemporáneas a Freud, llegando a lo propuesto por Lacan y Jones. Saal afirma que la diferencia de sexos no justifica la discriminación de uno hacia otro “la experiencia clínica y, especialmente, la homosexualidad, el travestismo, el fetichismo y las psicosis transexuales, constituyen la prueba y el desmentido de cualquier aproximación ingenua” (2001, p. 56). Saal (2005) reflexiona partiendo de lo propuesto por Lacan diciendo que “nada se entiende de lo que es el cuerpo o de lo que es el sexo sino se distingue entre cuerpo real, simbólico e imaginario; y sexo real, simbólico e imaginario” (p.146).

Espina explica que en Saal el pasaje del “cuerpo real a imaginario sólo puede ser alcanzado, pues, 'merced al soporte deseante de algún otro', que suele ser la madre. De manera que no es el organismo el que soporta y apuntala la aparición del deseo, sino que es el deseo del otro imprescindible para que el niño viva” (Saal, 1988, p. 147 en Espina, 2001, p. 56-57), por ende el “cuerpo deberá ser hablado para ser hablante” quedando inscrito en el orden de lo simbólico (Saal,1988, p. 148 en Espina, 2001, p. 57), y es de esta manera para la psicoanalista que la diferenciación entre los géneros, culturalmente implícita “entra en el sujeto hablado” (Espina, 2001, p. 57). La autora menciona que según Saal está demostrado que la diferencia de géneros es previa a que se constate la diferencia de sexos freudiana, que es la base para la elaboración de su teoría sobre la envidia fálica y las consecuencias sociales que tiene.

La diferencia está desde siempre, en el orden del significante, en el orden simbólico, desde donde distribuye emblemas y atributos de género. Estos atributos se resignificarán como diferencia sexual en el camino de las identificaciones que llevarán al sujeto humano a ser hombre o mujer, o cualquier combinación de ambos. (Saal, 2005, p. 148).

La última corriente del psicoanálisis feminista contemporáneo que mencionan Tubert y Bochar es la que se ubica en el cono sur de América latina con las feministas rioplatenses, teniendo su surgimiento en la década de los noventa. (Bochar 2016). Esta última autora menciona como las fundadoras argentinas a Emilce Dio Bleichmar, Mabel Burin y Ana María Fernández, y a las uruguayas Elina Carril, Rosario Allegue y Doris Hajer, quienes han planteado como una necesidad el hecho de deconstruir las categorías de lo femenino y masculino para desarticular y criticar los roles sociales que son asignados. “Esta deconstrucción exige un proceso de análisis de la incidencia social-histórica en la propia identidad y un mirar con otra óptica que no sea la de la lógica fálico-castrada”. (2016, p. 58).

Por último, como explico anteriormente, hablaré de algunas psicoanalistas también del cono sur, que no son nombradas en la categorización previa, pero que me resulta relevante mencionar, con el fin de seguir visibilizando los aportes de mujeres psicoanalistas que apuestan a pensar en claves feministas y de género.

Emilce Dio Bleichmar; argentina, doctora en medicina, psicoanalista y docente, autora de varias publicaciones entre ellas *El feminismo espontáneo de la histeria* publicado por primera vez en 1985, sobre el cual Marie Langer en su prólogo de 1997 dice que es un libro de inteligencia que trata temas culturales, sociales siendo también un estudio psicoanalítico que respetuosamente trata el sexismo de Freud. En el analiza los conceptos de género y sexo para el desarrollo psicológico diferencial de niños y niñas, alegando que la identidad de género es previa a que se reconozca la diferencia anatómica. También estudia la bibliografía existente sobre la histeria, los criterios con los que se la ubica e interpreta cuestionando la confusión en los diagnósticos diferenciales y la categorización.

En ellos hay descubrimientos muy acertados, «el feminismo espontáneo» -aberrante- de la histérica, quien a través de su frigidez, de su no goce, reivindica el deseo de ser reconocida, no sólo deseada. (...) Llegamos a comprender cómo la mujer de antes solamente lograba ser escuchada si recurría a mensajes corporales, mientras que la de hoy, si pretende diferenciarse del modelo materno del género, si bien amplía sus áreas de acción y obtiene mayor reconocimiento, aún paga la rebelión mutilando su placer sexual. (Langer, 1997 p. 12). En esta línea Bochar (2016) también destaca el cuestionamiento de esta psicoanalista hacia la interpretación freudiana acerca del deseo de procrear de la mujer, señalando que “este concepto hace que la sexualidad femenina esté al servicio de la reproducción, y no permite pensarla separada de ésta” (p. 58-59).

Allegue y Carril (2000) plantean que Dio Bleichmar piensa el género como categoría psicoanalítica en la constitución de la subjetividad enunciando que “lo que convierte a la sexualidad en humana, es el par femenino/masculino, que atribuyen sujeto e identidad al cuerpo, configurando las modalidades diferenciales de la sexualidad”, Dio bleichmar, según estas autoras, entiende el género “formando parte de la estructura intrapsíquica y no como un elemento ajeno al sujeto” (p. 8).

Para Dio Bleichmar (1997) la feminidad/masculinidad no es sólo un rol o una conducta prescripta, sino un principio organizador de la subjetividad: Yo, Superyo y deseo sexual. La fuente del deseo no es un cuerpo anatómico sino un cuerpo construido en el conjunto de los discursos y prácticas intersubjetivas. (p. 142). El género es;

una representación privilegiada del sistema narcisista Yo Ideal-Ideal del Yo, y constatar que estas estructuras, así como el Super Yo, siguen cursos de estructuración y formas finales de organización diferentes en los distintos géneros, por lo que pensamos que

el género es un articulador o una estructura mayor, a la cual tanto el Ideal del Yo como el Super Yo se hallan subordinados. (Dio Bleichmar, 1997, p. 22).

Mabel Burin es doctora en psicología clínica, psicoanalista, especialista en género y salud mental, co-fundadora del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. Bochar (2016) aporta que Burin piensa la relevancia del concepto de género en las patologías femeninas, introduciendo “lo que ya algunas norteamericanas intentaban hacer en la psicología: la incidencia del género en la predisposición a las patologías” (p. 59-60). La autora también explica que Burin se ha preocupado por el lugar doméstico asignado a las mujeres por la cultura desde un sistema que es patriarcal, que asigna a su vez el espacio público a los hombres y cómo esto influye en la salud mental.

En relación a lo anterior, la autora menciona que Burin conceptualiza el *techo de cristal*, lo que entiende como el “límite invisible que muchas mujeres tienen para ascender y mejorar en su carrera laboral” (2020, p. 59), lo que es producto de falta de tiempo para desempeñarse laboralmente, también para la producción y formación y el hecho de desempeñar las tareas de crianza y domésticas, además de la exigencia mayor para las mujeres en relación a los hombres en iguales puestos laborales (Dio Bleichmar et al., 1996 en Bochar, 2016). Mabel Burin sostiene que en relación a esto las mujeres se encuentran obstaculizadas y en desventaja para su desarrollo personal, generando síntomas en la salud (Bochar, 2016).

Ana María Fernández, doctora en Psicología por la UBA, psicoanalista, profesora e investigadora, fundadora de la primera cátedra de Estudios de Género en Latinoamérica en 1987 en la UBA, co-fundadora del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. En palabras de Tajer, D. (2020), Ana María Fernández (1992, 2009) retoma los planteos de Juliet Mitchell señalando;

el Psicoanálisis, que tiene como objeto la enunciabilidad de las formaciones inconscientes, no se ha planteado como uno de sus objetos de reflexión la articulación entre formaciones inconscientes y formaciones histórico-sociales. Por ende, quienes sostengan la existencia de esta relación, en este caso los feminismos, al señalar que la opresión de las mujeres es histórica, deberán realizar la indagación crítica de la teoría en cuestión para poder incorporarla eficazmente a la elucidación de la opresión de género. (p. 19).

Fernández (2021) en su libro *Psicoanálisis de los lapsus fundacionales a los feminismos del siglo XXI* explica que el recorrido de toda su obra es un “proceso deconstructivo-re-conceptualizador”, que fue haciendo posible “un psicoanálisis postpatriarcal, posheteronormativo, es decir un psicoanálisis que piensa y opera habiendo

dejado atrás -lo más posible- la invisibilización de las lógicas patriarcales y sus *a priori* epistémicos modernos de 'la diferencia' (2021, p. 15).

Parafraseando a Fernández, su trabajo tiene que ver con la deconstrucción de lógicas patriarcales dentro del campo del psicoanálisis, repensando los aportes teóricos y también los dispositivos clínicos. Trabaja a su vez en su recorrido con la “tensión *-en-el-entre-* de los Psicoanálisis-los Estudios de Género(s)-las Biopolíticas” (2021, p 19).

Doris Hajer, Rosario Allegue y Elina Carril son “fundadoras del primer grupo de investigación de la sexualidad femenina en la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica” (Bochar, 2016 p. 58). La autora citada expone que las mismas parten de los estudios de género para investigar el deseo y subjetividad tanto femenina como masculina. Cuestionan el *complejo de Edipo* entendiéndolo como una creación de la época que reafirma el funcionamiento heterosexual y patriarcal, criticando el lugar que el psicoanálisis asigna a las mujeres como madres, debatiendo y proponiendo lecturas diferentes en relación al malestar femenino, la violencia en la pareja y la figura del padre/ley.

Bochar (2018) aporta que Rosario Allegue remarcó el hecho de que en la mayoría de corrientes dentro del psicoanálisis “la identidad sexual y la de género se yuxtaponen” a partir de aquí plantea pensar el psiquismo femenino, los malestares femeninos y la histeria de otras formas, interesándose a su vez por realizar cambios en la escucha con las pacientes y en la clínica psicoanalítica. (Allegue, 2000, 2003, 2004 en Bochar, 2018, p. 85-86).

Por último la autora citada remarca que Doris Hajer y Elina Carril fueron responsables de introducir este debate en la Universidad de la República en la entonces llamada Área de Psicoanálisis de la Facultad de Psicología.

Débora Tájér; doctora en psicología por la UBA, magister en salud, docente, co-fundadora del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. En su libro *Psicoanálisis para todxs, por una clínica pospatriarcal, posheteronormativa y poscolonial* (2020) se propone construir “herramientas teórico-prácticas psicoanalíticas de abordaje” (p. 7) para el sufrimiento humano en las claves que el título enuncia, relatando a su vez vicisitudes de la época actual. En dicho libro indaga en el recorrido en la Argentina de los diálogos establecidos entre psicoanálisis y género, “aportes para identificar cómo se interrelacionan las propuestas sociohistóricas con sus ideales de género y los procesos de singularización y construcción del psiquismo en esas coordenadas”, interpela también el psicoanálisis en relación a las familias y las crianzas con una perspectiva de género, aportando a su vez contribuciones que el psicoanálisis con esta perspectiva ha propiciado, también habla de las infancias trans y “los modos de poder entenderlas y acompañarlas”,

por último “aborda la clínica de los varones con perspectiva de género desde una mirada deconstructiva de la hegemonía que causa dolor propio y en lxs demás” (2020, p 7-8).

Irene Meler; doctora en psicología y psicoanalista, al igual que las últimas mujeres mencionadas es co-fundadora del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, es docente, escritora, realizando varias publicaciones en el campo de desde el enfoque psicoanalítico de género, como dice en la descripción del libro del que es compiladora *Psicoanálisis y género. Escritos sobre el amor, el trabajo, la sexualidad y la violencia* (2017).¹⁰ Tajer (2020) hace referencia a su aporte en relación a las nuevas formas de familias diversas y la crianza, mostrando las complejidades de las mismas y su heterogeneidad y la situación de las mujeres, las que en muchos de los casos se encuentran sobrecargadas debido al desentendimiento de los varones “como efecto de las marcas específicas de las relaciones entre los géneros en el mercado del patriarcado” (2020, p. 60), dándose esto sobre todo en casos de divorcios cuando las mujeres son las figuras primarias de cuidado y de sostén económico. Analiza también lo relacionado con “la mayor carga de hostilidad de varones hacia hijxs no propixs”, que de las mujeres en igual condición (2020, p. 60).

Irene Fridman es psicóloga, psicoanalista y especialista en género, entre otras cosas es miembro del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. Maffía (2019) escribe el prólogo del libro *Violencia de género y psicoanálisis. Agonías impensables* de Fridman diciendo que; el marco teórico construye “abordajes sensibles a las relaciones desiguales de género” alegando que “la violencia contra las mujeres es una violación de los derechos humanos” y que “una vida libre de violencia debe contar con las garantías de la responsabilidad estatal” (p. 9). Maffía explica que en dicho libro Fridman ofrece herramientas para ese cambio.

Fridman analiza cómo las leyes vigentes denotan diferencias en el tratamiento desigual y nada justo de la violencia impactando en la subjetividad de mujeres y varones, de acuerdo con Maffía, quien por último afirma que Fridman “aboga por una sociedad nutrida por los vínculos amorosos y de cuidado, fuera de las pedagogías de la crueldad dominantes” (p. 10)

Extraigo un párrafo final del libro antes nombrado en el que la autora habla de los movimientos feministas actuales y el psicoanálisis:

¹⁰ Este libro contiene aportes de esta psicoanalista y otras/os profesionales que escriben desde el enfoque de género. Menciono algunas de ellas aquí, aunque no fue posible incluir a todas. He extraído también de este libro datos biográficos de algunas de las psicoanalistas mencionadas.

Es, entonces que postulo que el movimiento # *Ni una menos. Vivas nos queremos*, invita a volver a pensar algunas cosas, invita a tomar el ágora, a salir de los claustros para ver qué está pasando en la calle y así como el corpus psicoanalítico se está preguntando acerca de 'esas otras sexualidades' que no fueron pensadas por la teoría y/o patologizadas, si no será hora de salir a la calle de vuelta y en función de esos movimientos preguntarse qué significa ser sujetos pasibles de violencia y poder teorizar sobre ello. (Fridman, I. 2021, p. 157).

Sofía Rutenberg es psicóloga por la UBA, psicoanalista e investigadora en psicoanálisis y también en género diversidad y violencias, ha escrito diferentes trabajos partiendo de una lectura clínica y crítica de conceptos del psicoanálisis desde una postura feminista. Su enfoque se ve atravesado por los aportes de Simone de Beauvoir, a quien lee desde una perspectiva psicoanalítica, coordinando grupos de estudio en relación a ello, tal como aparece explicado en su libro *Hacia un feminismo freudiano* (2019) en el que ella plantea “hallar en las teorías de Freud la posibilidad de comprender el funcionamiento de la sociedad patriarcal (...) para orientar una práctica psicoanalítica que incluya la política del feminismo” (Rutenberg, 2019. p. 17). Ella explica que no implica realizar aplicacionismo del feminismo al psicoanálisis ni a la inversa, sino que se trata de;

una politización del psicoanálisis que requiere del feminismo. Visibilizar los complejos entramados de poder y dominación que se encuentran dentro de la teoría y de la práctica psicoanalítica, tiene el propósito de no seguir reproduciéndolos e interpretar el padecimiento de las mujeres no solo desde la carencia sino también desde la potencia y la producción. (2019, p. 17).

Cuestiona la predisposición al masoquismo en las mujeres, sin negar la existencia de la *pulsión de muerte* y de un *más allá del principio de placer* ni el hecho de que la neurosis “conlleva una necesidad de destrucción” (2019, p. 12), afirma que esto en las mujeres no es innato, surge de un sistema cultural que “rechaza y castiga su independencia y emancipación” (2019, p. 12).

Con su frase “no se nace feminista, sino que se llega a serlo, es un devenir” (2019, p. 12) señala que debemos reconocer el lugar de las mujeres en el mundo, que sigue siendo considerado inferior y que la superioridad en el caso de los varones tiene que ver con sus privilegios. Propone de esta manera una revisión del psicoanálisis en relación a la inferioridad de lo femenino dentro de la teoría, extraer el biologicismo freudiano y tornarla “lo más disidente posible” (p. 13).

Se plantea algunas interrogantes interesantes de destacar en relación al modelo de ser mujer, transmitido generacionalmente como destino “¿Cómo lo experimentan dichas mujeres? ¿Qué sufrimientos trae aparejado? ¿Cuál es el universo en el que se encuentran recluidas? ¿Qué les está permitido y qué prohibido?” (p. 16).

VI. CONSIDERACIONES FINALES.

De acuerdo al recorrido transitado en la construcción de este trabajo, debo reconocer en primer lugar que he cosechado más interrogantes que conclusiones. Al comenzar a indagar en este campo mis conocimientos eran escasos y aunque lo siendo, he podido construir cierto bagaje habilitador para el surgimiento de otras posibles líneas de pensamiento. La producción teórica en relación a la temática y la cantidad de mujeres dedicadas a la construcción de un psicoanálisis más inclusivo fue una gran sorpresa que me lleva a un deseo y una necesidad de continuar profundizando en este campo.

Con relación a los objetivos planteados, pienso que fue posible identificar algunas de las complejidades en la relación entre psicoanálisis, mujeres, feminismos y género. Evidenciándose el papel que tuvieron mujeres contemporáneas a la creación de la teoría psicoanalítica y su proceso de consolidación. Pudiendo visualizar cómo, desde el inicio, las mujeres y los feminismos han transversalizado al psicoanálisis. Algo que es poco visibilizado tanto en la formación profesional como en los relatos hegemónicos. También me permitió observar de qué manera los avances de los feminismos, los Estudios de la Mujer y los Estudios de Género dieron lugar a que otras mujeres contemporáneas continuaran interrogando y construyendo psicoanálisis desde otros posicionamientos que incluyen estos discursos y formas de pensar la realidad.

Me parece importante resaltar que este trabajo si bien es amplio no es exhaustivo, habiendo con seguridad otra gran cantidad de mujeres que han trabajado para contribuir a este campo de conocimientos. Mi cometido aquí estuvo dirigido a tomar algunas de sus voces para poder seguir indagando en ellas y en otras, dar lugar a nuestra palabra, construir relato y posibilidades para continuar indagando, investigando y produciendo.

Entiendo que el psicoanálisis, como disciplina que apunta a la comprensión de la realidad psíquica y la salud mental, y las/os psicoanalistas deben continuar cuestionando sus discursos y prácticas integrando a su vez los enfoques feministas y de género. La importancia de pensar en estas claves tiene que ver con una escucha activa de las sociedades y las personas, sus necesidades, vulneraciones, reclamos y posibilidades. El contexto actual, que sigue siendo sexista, patriarcal y hegemónico reclama para las mujeres, hombres, disidencias, infancias y adolescencias, un psicoanálisis capaz de repensarse y seguir elaborando teoría, práctica e interrogantes que permitan un abordaje y una comprensión más inclusiva de las realidades subjetivas. Para seguir construyendo líneas de trabajo y de pensamiento, con el fin de continuar expandiendo el campo de conocimientos desde el que podamos pensar y pensarnos en un abanico de subjetividades necesarias de reconocer en el ejercicio de la profesión desde una posición ética, reivindicativa y constructiva.

El campo del psicoanálisis con perspectivas feministas y de género es un terreno fértil aún, pero para nada falto de cimientos, la producción en torno a la temática es existente aunque poco visibilizada. Como posibles retos a futuro entiendo necesario continuar con la indagación, investigación y producción teórica, en la línea de ampliar el alcance, permitiendo a su vez integrar en la práctica y en la formación académica estos discursos.

VII. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

Allegue, R. y Carril, E. (2000). El género en la construcción de la subjetividad un enfoque psicoanalítico en De Souza, L, Guerrero, L y Muñiz, A. Comp. (2000) *Femenino-Masculino. Perspectivas Teórico Clínicas*. Psicolibros.

Aritio, F. (1981). Hacia una historia del psicoanálisis. *Revista Estudios de Psicología*. Departamento de Psicología General. Facultad de Psicología. Universidad Complutense de Madrid. N° 8, 116-133.

Barrancos, D. (2020). *Historia mínima de los feminismos en América Latina*. El Colegio de México.

Bellucci, M. (1992). De los estudios de la mujer a los estudios de género: Han recorrido un largo camino en Fernández, A. (Comp.). (1992). *Las mujeres en la imaginación colectiva* (p. 27-51). Paidós.

Bochar, J. (2014). La categoría de género en la práctica contemporánea del psicoanálisis. Caso Uruguay. [Tesis para obtener el grado de Doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Psicología social de grupos e instituciones] Universidad Autónoma Metropolitana.

Bochar, J. (2016). Feminismos, perspectiva de género y psicoanálisis. *Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género*. Universidad Autónoma del Estado de Morelos. N° 20, 35-63.

Bochar, J. (2018). *Género y psicoanálisis*. Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Bolla, L. y Martínez, A. y (2020). Psicoanálisis y feminismos: hitos polémico-productivos de un vínculo ambivalente. *Revista Descentrada*. Vol. 4, N° 1, 1-15.

Brossa, C. (2022). Homosexualidad Masculina: Un diálogo posible entre Psicoanálisis y Perspectiva de Género [Trabajo integrador Final] Universidad Nacional de La Plata.

Burin, M. y Dio Bleichmar, E. (Comp.). (1996). *Género, Psicoanálisis subjetividad*. Paidós.

Butler, J. (1999). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.

Cardenal, T. (2012). Ese cuerpo que no es uno. La sexualidad femenina en Luce Irigaray. *Thémata Revista de Filosofía*. N° 46, p. 353-360.

Costantino, M. y Amiconi, A. (2015). Feminismo psicoanalítico norteamericano: apuntes teóricos de Nancy Chodorow y Jessica Benjamin. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR.

Cucchi, B. (2020). *Puños violetas: movimiento feminista en el Uruguay del siglo XXI. El caso de la Coordinadora de Feminismos del Uruguay*. [Tesis Licenciatura en Sociología] Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR.

Díaz-Soler, C. (2017). Anna Freud y la discusión sobre la formación de los educadores Pedagogía y Saberes. *Revista Pedagogía y Saberes*. N° 46, 31-44.

Dio Bleichmar, E. (1997). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. Distribuciones Fontamara, S. A.

Eastman, J. (2006). La transición global del siglo XIX al XX. Reestructuración capitalista y violencia mundial. Una lectura desde el sur Las transiciones de los siglos XIX-XX y XX-XXI. *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*. Vol. 1, N°1, 143-176.

Espina, G. (2001). Algunas Consecuencias de la Diferencia de Géneros que se

Escuchan Detrás del Diván. *Revista Otras Miradas*. Vol. 1, N°1, pp. 53-59.

Ferguson, A. (2003). Psicoanálisis y feminismo. *Anuario de Psicología*. Vol. 34, N° 2, 163-176.

Fernández, A. (2021). *Psicoanálisis de los lapsus fundacionales a los feminismos del siglo XXI*. Paidós.

Fernández, N. (2006). Diferencia de género: debate entre el feminismo de la igualdad, y el feminismo de la diferencia [Tesis Licenciatura en Trabajo Social]. Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Trabajo Social, Udelar.

Ferrer, V. y Bosch, E. (2005). Introduciendo la perspectiva de género en la investigación psicológica sobre violencia de género. *Revista Anales de Psicología*. Vol. 21, N° 1, 1-10.

Fridman, I. (2019). *Violencia de género y psicoanálisis. Agonías impensables*. Lugar Editorial.

Gargallo, F. (2007). Feminismo Latinoamericano. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*. Vol.12, N° 28, 17-34.

Gutiérrez, M. (2005). Psicoanálisis y Género. La Subjetividad de las Diferencias entre los Sexos Convergencia. *Revista de Ciencias Sociales*. Universidad Autónoma del Estado de México. Vol. 12, N° 37, 139-168.

Hobsbawm, E. (1995). *Historia del siglo xx*. Editorial Planeta S.A.

Maestro, A. (2013). *Feminismo marxista. Notas acerca de un proceso en construcción*. XVII Jornadas Independentistas Galegas "Actualización y vigencia del marxismo. tomar el cielo por asalto".

Meler, I. (2020). Psicoanálisis y Género: debates actuales y nuevas construcciones subjetivas. *Descentrada. Revista interdisciplinaria de feminismos y género*. Vol. 4, N°1.

Meler, I. (Comp.). (2017). *Psicoanálisis y género. Escritos sobre el amor, el trabajo, la sexualidad y la violencia*. Paidós.

Montejo, F. (2009). El Psicoanálisis 1919-1933: consolidación, expansión e institucionalización. [Tesis Doctoral] Facultad de Psicología, Universidad Complutense de Madrid.

Niño, M. (2010). Melanie Klein. Su vida y obra. *Psicoanálisis XXII* (2), 51-58.

Lamas, M. (Comp.). (1996). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. Programa Universitario de estudios de género. Editorial Miguel Ángel Porrúa.

Langer, M. (1997). Prólogo en Dio Bleichmar, E. (1997). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad* (p. 11-12). Distribuciones Fontamara, S. A.

Pfeifer, E. (1957). *Lou Andreas Salomé. Aprendiendo con Freud. Diario de un año, 1912-1913*. Laertes.

Preciado, P.B. (2020). *Manifiesto contrasexual*. Anagrama.

Ribas, J. (1999). Sexualidad psicoanálisis y crítica feminista. *Realidad: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, ISSN 2520-0526, N°. 72, 759-776.

Ribera, R. (2006). El siglo XX: su delimitación y su significado. *Revista Realidad*. Departamento de filosofía. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. N° 108, 251-272.

Rodríguez, A. (2003). Historia y Psicoanálisis. *Revista Universidades*. Unión de Universidades de América Latina y el Caribe Distrito Federal, Organismo Internacional. N° 25, 3-12.

Rutenberg, S. (2019). *Hacia un feminismo freudiano*. La docta ignorancia.

Sánchez-Barranco, A. y Vallejo, R. (2003). Sabina Spielrein, la primera mujer que enriqueció la teoría psicoanalítica. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría* N° 85, 107-122.

Sánchez-Barranco, A. y Vallejo, R. (2003). Lou Andreas-Salomé, algo más que una coleccionista de genios. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*. N° 86,

75-87.

Sánchez-Barranco, R. Vallejo, R. (2004). Melanie Klein, una princesa que creó su propio reino. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*. N° 91, 117-136.

Saal, F. (2005). Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos en Braunstein, N. (2005). *A medio siglo de "El malestar en la cultura" de Sigmund Freud*. Siglo XXI editores Argentina S.A.

Scott, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico en Lamas, M. Comp. (1996) *El género: la construcción cultural de la diferencia social*. Programa Universitario de estudios de género. Editorial Miguel Ángel Porrúa.

Sosa, L. (2016). ¿Cómo pensar la femineidad desde el psicoanálisis? [Trabajo final de grado, Facultad de Psicología, UdelaR].

Suzzi, G.S. (2016). Gayle Rubin y Judith Butler. Interlocuciones psicoanalíticas para el desmontaje del sistema sexo/género. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR.

Tajer, D. (2020). *Psicoanálisis para todxs: por una clínica pospatriarcal, posheteronormativa y poscolonial*. Topía editorial.

Trejo, E. (2010) Historiografía, hermenéutica e historia. *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM*. N° 87, 1-40.

Tubert, S. (1996). Psicoanálisis, feminismo, posmodernismo en .Burin M. y Dio Bleichmar E. comp. (1996). *Género, Psicoanálisis subjetividad*. (p. 7-41). Paidós.

Tubert, S. (1995). Introducción a la edición española en Flax J. (1990) *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*. Universidad de Valencia Instituto de la Mujer. Ediciones Cátedra.

Vallejo, R. (2002). Anna Freud, una vida dedicada al conocimiento y a la ayuda psicológica del niño. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*. Vol. XXII, N°

81, 65-78.

Varela, N. (2005). *Feminismo para principiantes*. B de Bolsillo.

Varela, N. (2019). *Feminismo 4.0. La cuarta ola*. Penguin Random House Grupo Editorial S. A. U.

Vargas, V. (2005). Los feminismos latinoamericanos en su tránsito al nuevo milenio. Una lectura político-personal en Mato, D. y Alonso, G. (2005) *Cultura, política y sociedad: perspectivas latinoamericanas (antología)*. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Vásquez, A. (2011). La Posmodernidad. Nuevo régimen de verdad, violencia metafísica y fin de los metarrelatos. Nómadas. *Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. Vol. 29. N° 1.

Wood, L. (2019). Lazos entre feminismo y psicoanálisis. XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR.

Zaretsky, E. (2003). El destino irónico del psicoanálisis feminista: El caso de Melanie Klein. *Revista Signos Filosóficos*. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa. N° 9, 271-292.